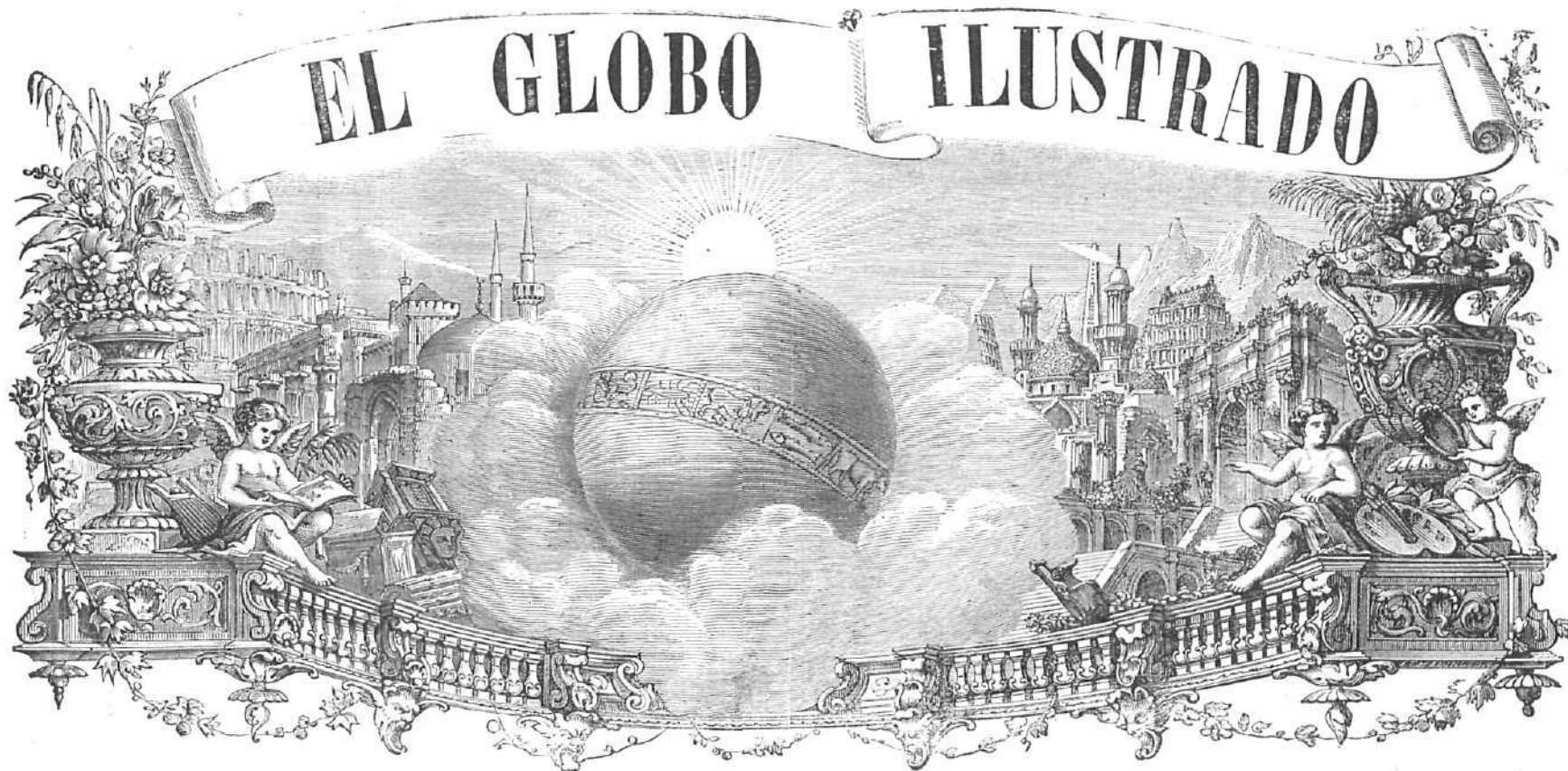




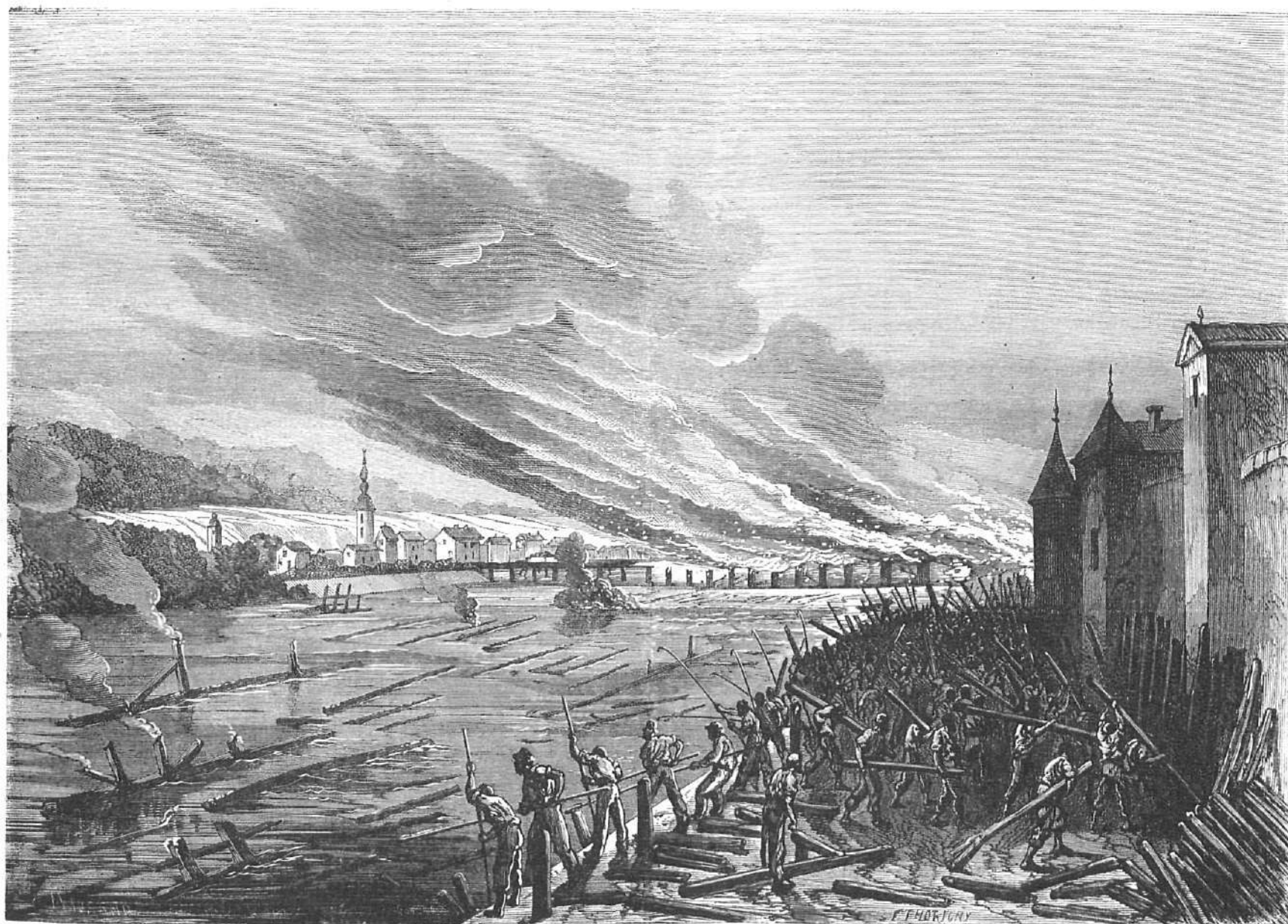
NUMERO 7.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los meses se publican dos números de EL GLOBO ILUSTRADO, y cada número consta de 16 páginas, ocho de grabados y ocho de texto. El precio de suscripción es en Madrid 4 rs. al mes y 40 por un año; en provincia 18 rs. al trimestre y 60 por un año; en París y en el extranjero 20 francos al año; en las posesiones españolas de Ultramar 4 pesos fuertes y en el resto de América 5 id., enviándose directamente por los vapores ingleses. Se suscribe en Madrid en el Establecimiento tipográfico del BANCO INDUSTRIAL Y MER-

CANTIL, y en todas las librerías; en provincia y en Ultramar en casa de los correspondientes de dicho establecimiento, ó directamente enviando letra del importe á la orden de los señores F. de P. Mellado y Compañía; en París en las librerías de estos mismos señores á cargo de Mr. A. B. Laplace, rue Séguier, 3, y calle de Rivoli, 75, y en casa de M. Denné Schmitt, rue Favart, 2.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en Madrid y 3 en provincia.



Núm 1

SUMARIO DEL NUM. 7.

ARTICULOS. El regalo de una madre, por don M. SEGO y SHELLY. (conclusion).—Exposicion de Stokolmo, por H. A. —Cristela, novela original, por don ILDEFONSO A. BERMEO. (Continuacion).—El Opio, por don DIONISIO CHAULIE.—Silvio Pellico, por don J. FERNANDEZ MATHEU.—La Nariz, juguete semi-serio por don SALVADOR COSTANZO.—El Istmo de Suez, por A. HERMANTO.—Paraguay.—Humaita, por M. V.—La Obediencia.

GRABADOS. Número 1. Página 97.—Los austriacos incendian el puente de Stein, única comunicacion entre Viena y Linz.

Número 2. Pág. 100. Puente de Boara sobre el Adige, incendiado por los austriacos.

Número 3. Pág. 100.—ITALIA.—Bombardeo de Borgo-Forte, combinado con el ataque de la boca del puente.

Número 4. Pág. 101.—STOKOLMO.—Grande exposicion de Bellas Artes y de la Industria.—La gran Nave.—Fuente Molin.

Número 5. Pág. 104. Trabajos de fortificaciones al rededor de la ciudad de Dresde.—Construccion del puente núm. 3.

Número 6. Pág. 105. Combate naval de Lissa entre la flota austriaca y la flota italiana.

Número 7. Pág. 108. Alto de los regimientos prusianos, Alejandro núm. 1 y Reina Isabel núm. 3, en la carretera de Brunn, en Viena.

Número 8. Pág. 108. Requisicion de ganado en una hacienda de las cercanías de Wilfersdorf.

Número 9. Pág. 108. Batalla de Trobitchun ganada por el principe real de Prusia, sobre la carretera de Brunn a Olmutz.

Número 10. Pág. 109.—VIENA.—La emperatriz de Austria visita los soldados heridos.

Número 11. Pág. 109. Cercanías de Ferrara.—Campamento del tren subsidiario del ejército italiano.

Número 12. Pág. 112.—GUERRA DEL PARAGUAY.—Vista general de las fortalezas establecidas antes de llegar a Humaita.

Número 13. Pág. 112. El vice-almirante Tegethof comandante de la flota austriaca en el combate de Lissa.

Número 14. Pág. 112.—PARAGUAY.—Mapa topográfico y estratégico del paraje donde se hallan los beligerantes.

EL GLOBO ILUSTRADO.

EL REGALO DE UNA MADRE.

(Conclusion.)

VI.

Al bajar las escaleras, Carlos que caminaba ciego aun del dolor que le causara el bofetón de Valentin, tropezó con un aprendiz que subia gritando al taller.

—¿Es vd. el señorito Carlos? preguntó al reparar en el joven.

—Sí, yo soy, Diego, ¿qué te se ofrece? contestó Carlos.

—¿Que qué se me ofrece? ¿Y vd. me lo pregunta? ¿vd. qué me ha hecho feliz?

—¡Feliz! no te comprendo.

—Es muy fácil, don Carlos. ¿No se ha encontrado vd. esta mañana un bolsillo con dinero?

—Sí, se lo entregué al principal.

—Pues bien, ese bolsillo.....

—¿Era tuyo?

—Sí, señorito, por eso decia.....

—Cualquiera otro hubiera hecho lo mismo.....

—No lo crea vd., don Carlos, si lo hubiera encontrado alguno de los cajistas, se lo hubiera guardado, porque ninguno me quiere y mi pobre madre.....

—¿Tienes madre?

—Sí, señor, y yo soy el que la sostengo con mi corto salario. Hoy habia cobrado la semana y al ir á entregarla el dinero, he notado que lo habia perdido: he vuelto corriendo, pensando que olvidadamente podia habérmelo dejado en el mostrador ó en la prensa, y cuando ya desesperaba de encontrarle, me ha llamado el principal y me lo ha devuelto diciéndome que se lo agradeciera á

vd., que ha habérselo encontrado otro no lo hubiera.....

—Calla, Diego, no digas eso: haces mal en pensar así de tus compañeros.

—¿Y cómo quiere vd. que piense? Todos me maltratan porque dicen que soy muy torpe y que no sirvo ni para dar tinta en la prensa. Sino fuera por mi pobre madre.....

Carlos, cuyo buen corazon no le permitia nunca dejar al desgraciado sin amparo, comprendió que si Diego llegaba á hablar del encuentro del bolsillo y desmentia, como era muy natural que lo hiciera, la infame accion de Valentin, éste aumentaria sus malos tratamientos y el pobre joven sufriria por causa suya, así es que se decidió á pedir permiso al impresor para no trabajar ninguno de los dos aquel dia, seguro de que no podria negárselo, y en atencion á que él tambien necesitaba descanso, para prepararse al lance que aquella noche debia tener lugar.

Como esperaba, el impresor atendiendo á su buena conducta y á lo trabajador que era, le concedió gustoso el permiso que le pedia, tanto para él como para Diego, y los dos jóvenes salieron de la imprenta, lleno el uno de alegría por haber recobrado su bolsillo y sombrío y meditabundo el otro, porque era la primera vez en su vida que dejaba de seguir los consejos de su madre.

VII.

Carlos y Diego pasaron juntos en casa del primero la mayor parte del dia, y cuando comenzaba á declinar el sol, el aprendiz que estaba ya enterado de todo, pensó que su amigo necesitaria quedarse solo y salió de su casa con la excusa de ir á contarle á su madre la pérdida y el feliz hallazgo del bolsillo.

Cuando el joven se encontró solo en su cuarto, recordó que aun no habia cumplido aquel dia con el mas precioso de sus deberes, el de escribir á su madre; pero al sentarse ante la mesa, cuando vió delante de sí el blanco papel que habia de llevar noticias suyas á su madre, vaciló en darla á conocer su situacion y comenzó á pasear sin atreverse á poner la pluma sobre el papel.

No tenia valor para descubrirle á su madre que iba á faltar á sus consejos, á las máximas que con tanto amor inculcaba en su corazon.

Estaba seguro que su madre sentiria desgarrarse el pecho al leer aquella nueva fatal, pero Carlos no sabia mentir. Carlos hubiera creído faltar aun mas á su madre ocultándola lo que aquella noche iba á tener lugar, y despues de meditarlo mucho tiempo se sentó ante la mesa y comenzó á escribir.

Su carta no fué como la de los demás dias, larga, tierna, apasionada; aquella carta solo contenia las siguientes lineas:

«Madre mia: un hombre me ha insultado de una manera afrentosa delante de mis compañeros; despues de llamarme ladron, ha puesto su mano en mi rostro y me ha deshonrado á los ojos de todos. Este insulto necesitaba una reparacion y esta noche á las siete la tendrá cumplida, porque voy á matarle ó á que me mate. Tu hijo,

CARLOS.»

Para escribir aquellas cuatro lineas, empleó el joven cerca de una hora, porque su mano no acertaba á guiar la pluma, así que al concluir la era ya bastante tarde y el sol iba ya escondiéndose tras el lejano horizonte.

Cerróla, puso en el sobre el nombre de su madre y salió de su modesta habitacion, cerrando tras sí la puerta.

Pocos segundos mas tarde pasaba por delante de la catedral, despues de haber entregado la car-

ta al ordinario que solia llevarlas siempre, y por uno de esos impulsos del corazon, que no tienen nombre, que apenas se comprenden y que sin dejarnos reflexionar, nos hacen obedecer instintivamente, penetró en el magnifico santuario.

Solo alguna que otra mujer, sumidas todas en sus oraciones y que apenas se fijaron en el joven, encontró éste en el templo: dirigióse hacia el altar donde se venera la imagen de Nuestra Señora del Carmen y cayendo de rodillas ante ella, comenzó á orar silenciosamente.

Dios y Carlos saben únicamente lo que en su plegaria pidió á la Virgen. Pocos momentos despues, se levantó con resolucion y en su rostro pareció que se reflejaba la tranquilidad, que despues de cumplir con aquel acto religioso, debió apoderarse de su corazon.

Cruzó con rapidez las calles que le separaban del lugar de la cita, y minutos antes de sonar en los relojes de la ciudad las siete campanadas que la anunciaban, se encontraba en la Alameda al lado de su competidor, que por lo impaciente, parecia haberle estado aguardando algun tiempo.

—¡Gracias al diablo que has llegado! dijo éste contestando al saludo que le hiciera Carlos.

—¡Valentin! murmuró reconviéndole al joven, no por la brusca saluacion de su contendiente, sino por las palabras que aquel pronunciara.

—¿Te parece que estoy yo aquí para aguardar á que el señorito venga cuando le de la gana? No faltaba otra cosa.

En aquel momento algunos relojes daban las siete.

—Me parece que quedamos en que á las siete nos reuniríamos y esa es la hora que está sonando.

—No importa, debias de haber venido antes.

—Ya estoy á tu disposicion.

Valentin pareció meditar algunos momentos; despues, dirigiéndose al que antes llamaba su amigo:

—Mira, Carlos, le dijo, es una tontería que dos hombres como nosotros, vayamos á renir por una cosa tan fútil, que pudiera muy bien arreglarse de otro modo.

—¿Cómo? preguntó Carlos que queria concluir pronto aquella situacion para él insostenible.

—¿Cómo? ¿Qué no lo has adivinado?

—Confieso que no veo.....

—Torpe estás esta tarde, por vida mia. ¿No me has llamado cobarde esta mañana delante de todos los compañeros? Pues bien, delante de todos ellos puedes pedirme perdon.....

—¡Valentin! murmuró Carlos no pudiendo ya contenerse al escuchar la proposicion indecorosa de su contrincante, si he esperado hasta esta tarde para vengar mi honra que tú tan villanamente has ultrajado, solo ha sido porque soy enemigo de la lucha, porque esperaba que conociendo tu falta, te arrepentirias de ella: pero veo que me he engañado, que no contento con lo que hiciste esta mañana, me ofreces ahora dejarme marchar si te prometo pedirte perdon de una falta que tú has cometido, si me rebajo hasta el punto de pisotear mi honra, tan limpia, tan clara, que no ha podido oscurecerla el infame borron que has pretendido echar sobre ella. No, Valentin, no, tú has creído que yo podia admitir ese nuevo ultraje, á cambio de no sostener una lucha que me repugna, pero te has equivocado; primero la muerte con honra que la vida, si para conservarla he de cometer esa vileza.

—Pues tú te lo quieres, replicó Valentin á quien habian cansado las palabras de Carlos, tú te lo ten. No dirás luego.....

—Basta: podemos empezar.

—Al avio entonces.

Y al decir estas palabras, Valentin abrió una

navaja que sacara momentos antes del bolsillo y se dejó caer en guardia para atacar á Carlos.

Este no pestañeó siquiera al observar aquella accion; la estaba esperando y no le extrañaba que la hiciera.

—¿Crees que voy á batirme con esas armas? preguntó cruzándose de brazos.

—Sino con gusto, al menos á la fuerza.

Y al decir esto, Valentín saltó sobre Carlos dirigiendo la navaja contra el corazon.

Al recibir el golpe, Carlos retrocedió algunos pasos y vaciló, cayendo al suelo: la navaja habia saltado en pedazos de las manos del agresor y éste al ver al jóven en tierra, creyéndole tal vez muerto, dió á correr por la Alameda abajo, perdiéndose poco despues por las calles de la ciudad.

En el mismo momento en que Carlos era rechazado por la embestida del cajista, un hombre avanzó por entre los álamos del paseo y se acercó á él.

—¡Muerto! exclamó al verle en aquella posición, ¡muerto! ¡oh! Dios mio, ¡he llegado demasiado tarde!

Y se arrojó al lado del jóven.

La luna, asomando entonces tras un grupo de blancas nubecillas, dejó ver su semblante.

Era Diego, el aprendiz de la imprenta, que no habia querido abandonar á su amigo.

VIII.

Pero Diego se habia equivocado al creer muerto á su amigo; sin embargo, algunas gotas de sangre manchaban su rostro y esto le hizo creer que podia estar herido.

Levantó la cabeza, y al sentir las manos sobre ella, Carlos abrió los ojos y miró á su alrededor.

—Soy yo, amigo mio, murmuró el aprendiz pensando que tal vez no le conoceria.

—¡Ah, Diego, cuánto me alegro! dijo el jóven, y, apoyándose en el hombro de su protegido, se puso de pié.

—¿No está vd. herido?

—No, Diego, solo ha sido un ligero rasguño que me he hecho en la cabeza al chocar con una piedra. La navaja se ha roto contra mi pecho, contra la medalla de la Virgen del Cármen que me dió mi madre; á ella le debo milagrosamente la existencia, porque á no llevarla sobre el pecho me hubiera atravesado el corazon.

Y Carlos contó al aprendiz todo lo que le habia sucedido desde que aquel saliera de su casa.

Pocos momentos despues ambos entraban en la ciudad de las flores, y Carlos se despedia de su amigo para dirigirse á su morada.

Pero cuando se encontró solo varió de camino y se dirigió á la catedral para dar gracias á la Virgen por el inmenso beneficio que acababa de dispensarle.

Cuando entró despues en su modesta habitación recordó la carta que habia escrito á su madre, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

—¿Qué he hecho? pensaba, ¿qué es lo que la he dicho? Seguro que su dolor será inmenso, seguro que la lectura de mi carta la habrá destrozado el corazon; pero.... no habia mas remedio, era preciso que lo supiera y no habia de ser yo el que se lo ocultara.

Aquella noche apenas pudo conciliar el sueño. Los variados acontecimientos de aquel día, las diversas emociones que habia sentido durante el transcurso de aquellas doce horas, que á él le parecieron otros tantos siglos, los mil pensamientos que sin cesar se agolpaban á su mente no le permitieron cerrar los ojos.

Cuando las rendijas de la ventana de su cuarto dejaron asomar un rayo de luz, de esa luz ténue y misteriosa que precede al alba, saltó del lecho y se vistió apresuradamente. Necesitaba respirar el aire

puro de la mañana para refrescar su calenturienta cabeza, queria admirar otra vez mas la salida del sol, que tantas otras contemplara en su aldea al lado de su madre.

Al abrir la puerta de su cuarto oyó gritos en la escalera y se detuvo admirado; le habia parecido conocer la voz de su madre.

—¿Mi hijo? ¿dónde está mi hijo? decia una de aquellas voces con ese acento indefinible que es el eco de un alma dolorida, la espresion mas tierna de un corazon desgarrado por el dolor.

—¡Madre mia! gritó Carlos al percibir claras y distintas aquellas palabras.

Y se lanzó por la escalera para recibir á su madre.

Dos segundos mas tarde madre é hijo se confundian en un estrecho abrazo, y la portera de la casa los miraba sonriendo y murmurando en voz baja:

—Si mi hijo fuera como el señorito Carlos seria yo tan feliz como su madre.

IX.

Renuncio á describir la escena á que dió lugar la entrevista de Carlos y su madre, porque mi pluma es demasiado tosca para poder dar á conocer á mis lectores una parte ni la mas pequeña de lo que entre ellos dos mediara.

Baste saber que Carlos contó á su madre todo cuanto le habia pasado, y le enseñó el medallon, regalo suyo, en el que se conocia el golpe que habia roto la navaja de Valentín.

Madre é hijo dieron gracias al cielo por aquel nuevo favor que les habia dispensado, y cuando sentados ante la mesa se disponian con escelente apetito á dar buena cuenta de la modesta comida del segundo, Matilde tomó la mano de su hijo, y mirándole fijamente como si con su mirada hubiese querido penetrar hasta el corazon del jóven, le preguntó sonriendo:

—¿Te alegraria la idea de volver á encontrar tus perdidas riquezas y ser lo que eras antes de la muerte de tu pobre padre?

—No, madre mia, porque si fuera rico tal vez no podria trabajar, y al trabajo le debo la felicidad que disfruto, felicidad que tal vez no podrian darme aquellas riquezas.

—¿Y si á pesar de ser rico continuaras trabajando, dueño de una preciosa alquería á la orilla del mar, con campos de los que tú mismo cuidarias y gozando la felicidad que ahora ponderas tanto?

—Entonces me alegraria, madre del alma, porque no podria faltarte nada, y mientras tú descansaras yo trabajaria para tí. Pero, ¿á qué hablar de eso si es solo una ilusion?

—No, hijo mio, no es una ilusion; tu pobre madre ha podido comprar esa alquería y esos campos con una cantidad que tu padre prestó en sus tiempos de bonanza y que me ha sido religiosamente devuelta, cuando ya la creia perdida.

—¿Y me lo has ocultado hasta ahora?

—Quería sorprenderte, y anoche cuando recibí tu fatidica carta lo creí perdido todo, y ahora, á Dios gracias, puedo decírtelo ya, que otra vez somos felices.

—¡Oh! ¡Bendita seas, madre mia!

Y madre é hijo comenzaron su frugal comida, formando mil planes para el porvenir y riendo alegremente, si bien de vez en cuando una lágrima surcaba las mejillas de Matilde, que no podia olvidar á su esposo.

Aquella misma tarde los dos se disponian para marchar á la aldea, y abandonaban ya la modesta habitación de Carlos cuando oyeron gritar y sollozar al pié de la escalera.

Al llegar al fin de ella se encontraron á la portera que lloraba á lágrima viva, y á la que procuraban consolar algunas de sus vecinas.

—¿Qué ocurre? preguntó Carlos.

—¡Ay, señorito! una gran desgracia, contestó una de ellas; el hijo de la señora Martina, que desde ayer andaba escondiéndose de la justicia, ha tenido hoy una riña con un compañero, y éste le ha dado un navajazo en el corazon que no le ha dejado tiempo ni para decir ¡Jesus!

—Pero, ¿quién es su hijo?

—¿Qué! ¿no le conocia vd.?

—No, nunca le he visto.

—Era Valentín, el cajista....

—¡Valentín! exclamaron á un tiempo Matilde y Carlos, á tiempo que gruesas lágrimas se desprendian de sus pupilas.

—¡Desgraciado! murmuró Carlos.

—Díganla vds. á esa buena mujer, añadió Matilde, que mi hijo y yo la esperamos mañana en nuestra aldea, porque queremos que viva con nosotros, ya que la muerte la ha privado del único amparo que tenia en la vejez.

Carlos y su madre salieron de aquella casa colmados de bendiciones, que las buenas vecinas no se cansaban nunca de repetir, porque les llamaban la Providencia de la señora Martina.

CONCLUSION.

Dos años despues de los acontecimientos que acabamos de relatar y en una pintoresca alquería, situada á la orilla del mar, y no muy lejos de la *perla* del Turia, vivian Matilde, Carlos, su esposa, la labradora María con quien un año antes se habia casado, un niño rubio y sonrosado, fruto de tan dichosa union, y la señora Martina, que, á instancias de Matilde, no habia consentido en separarse de ellos.

Carlos se habia dedicado por sí mismo al cultivo de las tierras, aun cuando tenia otros colonos que le ayudasen, y su mayor dicha, despues del rudo trabajo á que dedicaba casi todo el día, era recordar con su madre las pasadas amarguras, y contarlas todas á su esposa, que las escuchaba con religiosa atencion.

Alguno que otro domingo, un jóven, decentemente vestido, solia pasar el día en la quinta, y despues de comer con los dueños, se volvía á Valencia.

Aquel jóven era el aprendiz Diego, que desempeñaba entonces el cargo que en otro tiempo tuviera Carlos, y que, gracias á su buena conducta, se habia hecho poco á poco con un pequeño capital, con el cual su madre y él lo pasaban muy desahogadamente.

Los domingos que pasaba en la quinta, y antes de volverse al lado de su madre, todos juntos entraban en la alcoba de Matilde, de una de cuyas paredes pendia el medallon de la Virgen del Cármen, y á los piés de él rezaban por el alma del señor Alfonso y por la del infortunado Valentín.

Al salir de la alcoba solia decir Carlos dirigiéndose á Diego y señalándole la imagen:

—Ella me salvó la vida: ella impidió á Valentín cometer un crimen.

Y la buena Martina murmuraba por lo bajo, limpiándose las lágrimas que corrian silenciosas por sus mejillas:

—Es verdad, era *el regalo de una madre*.

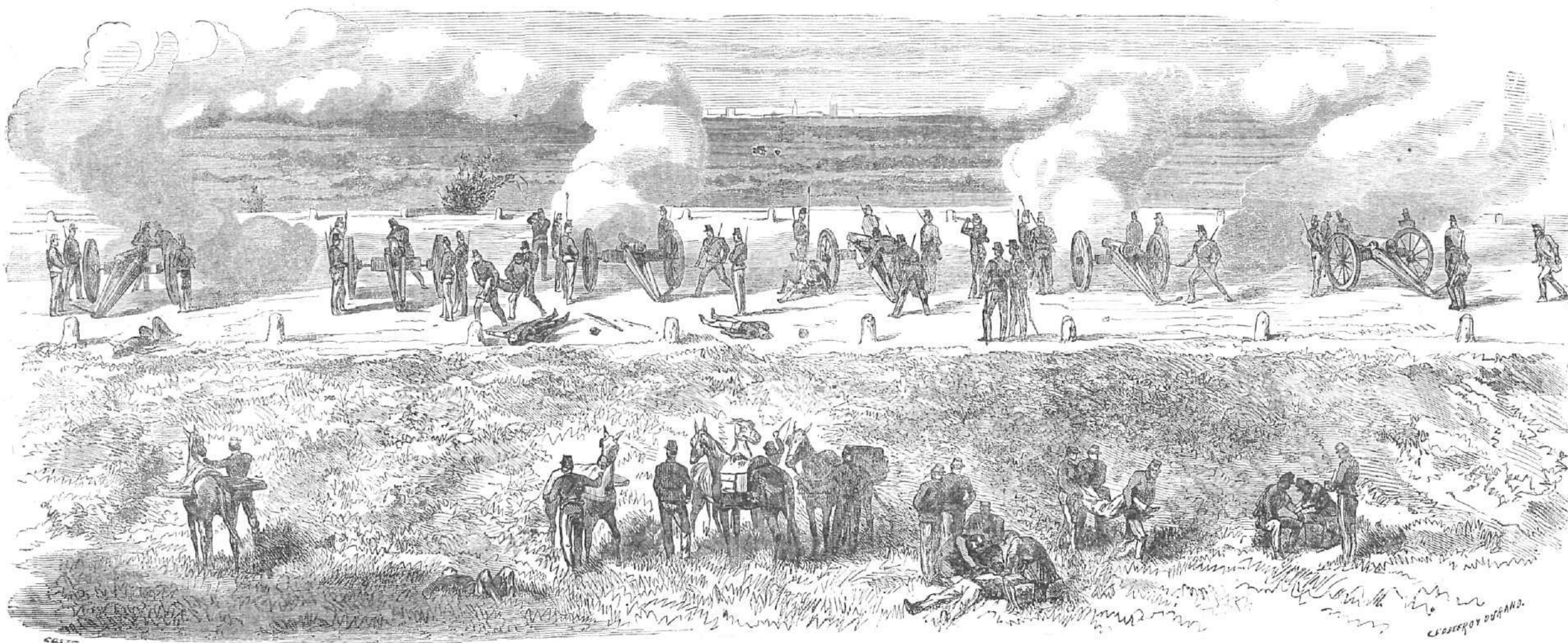
M. SECO Y SHELLEY.

ESPOSICION DE STOKOLMO.

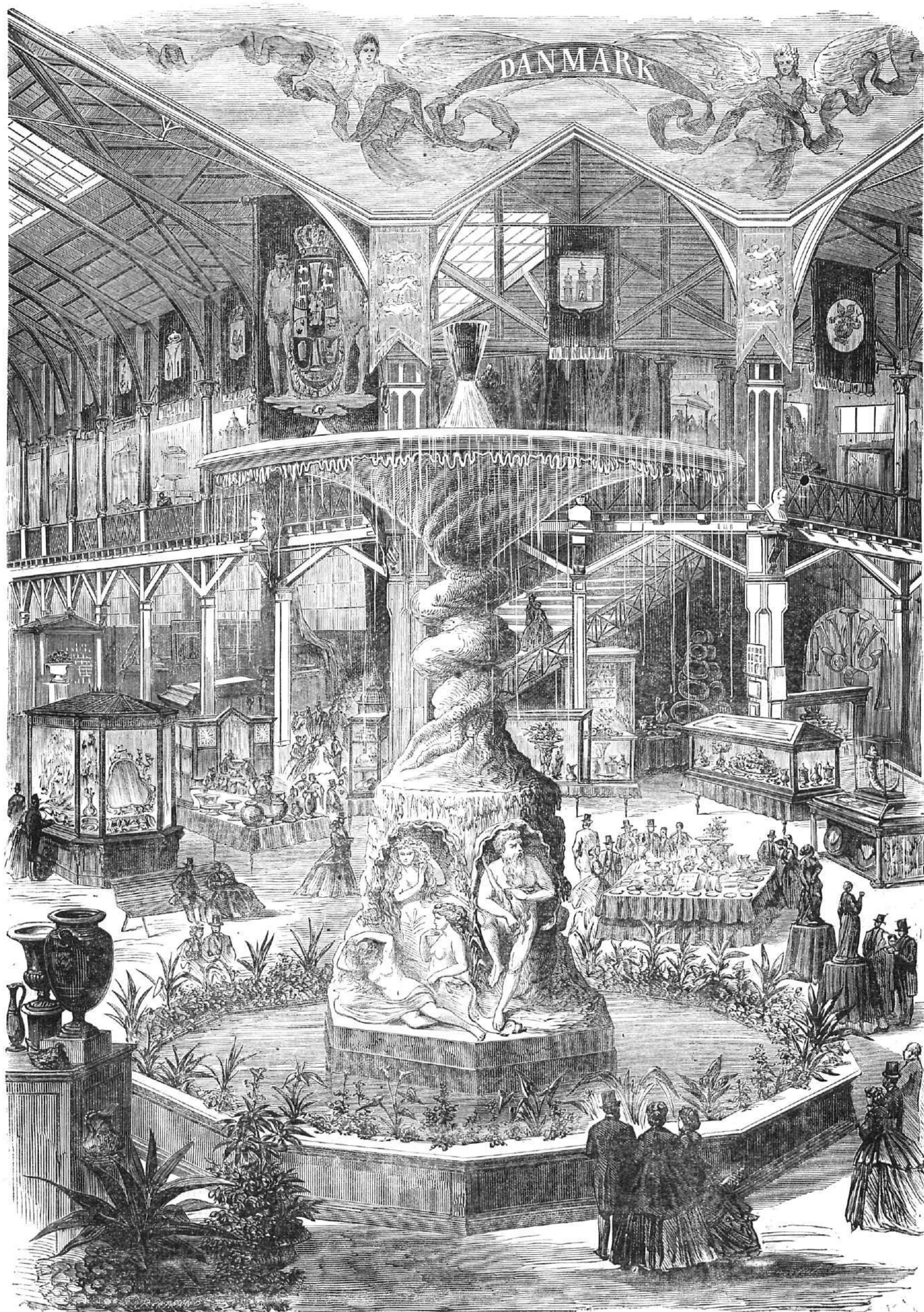
Antes de ahora hemos anunciado la apertura de la esposicion industrial y artistica de la ciudad de Stokolmo. Estos grandes conjuntos del progreso no estaban destinados á poner en presencia



Num 2



Num 3



de todos los países de Europa, la proximidad de la exposición universal de París de 1867 si á ello se oponía. La Suecia ha llamado únicamente á los pueblos de origen escandinavo, que reuniendo allí sus productos mas escogidos, ensayan, por decirlo así, sus fuerzas para la gran lucha pacífica del año próximo.

La exposición de Stokolmo es mas notable por sus obras de arte que por sus obras industriales. La pintura y la escultura se han visto allí soberbiamente representadas. Los artistas del Norte podrán sostener dignamente la comparación con sus cofrades de los demás puntos de Europa.

Lo que es preciso además elogiar es el gusto que ha precedido en la ordenación de los objetos. Nuestro dibujo representa la rotunda de la gran nave en el centro de la cual se halla una fuente, trozo de escultura de los mas notables y debido al cincel de Mr. Molin, artista sueco. El grupo de personajes alegóricos tiene una pureza de formas que no deja nada que desear; la composición es extraordinariamente graciosa y el conjunto satisface á un mismo tiempo á la vista y á la imaginación. Nosotros somos felices al conceder elogios á pueblos tan lejanos en donde marcha el progreso al nivel de los puntos mas adelantados de la Europa moderna.

A. H.

CRISTETA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON I. A. BERMEJO.

(Continuación.)

X.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Belgrano.

—Nada, respondió el bohemio afectando tranquilidad; mi sobrina, que parece que hoy se ha levantado lo mas torpe del mundo.... y queriendo entrar en su aposento....

Vedia se aproximó á Bathilde y la dijo:

—¿Deseáis alguna cosa?

—Acaso se halle indispuerta, añadió Belgrano.

—No os equivocáis... un pesar, una pesadez... repuso Bathilde.

—Con efecto, interrumpió Dolowiske, son los nervios.

Y dirigiéndose á Belgrano añadió:

—El peligro á que os espusisteis la comovió.

—¿Será posible! exclamó Belgrano con interés.

—Espero, dijo Bathilde, que vuestra generosa conducta no tenga funestas consecuencias para vuestra salud.

—Nada de eso, contestó Belgrano riéndose. No ha sido mas que un baño frío. ¿Quién piensa en esa bagatela?

—¿Y el pobre diablo á quien salvásteis? preguntó Dolowiske.

—También se encuentra bueno, contestó Vedia.

Belgrano, apretó la mano á su amigo con disimulo para hacerle callar, y dijo á Dolowiske.

—Era un pobre pescador.

El bohemio miró con intencion á Vedia y dijo con sorna:

—Un pescador.... No lo hubiera creído, pues los marineros españoles lo miraban al parecer con mucha flemá, ¡yo estaba indignado!

—¿Qué queréis? interrumpió Vedia. ¡Un americano vale tan poca cosa!

—Tal vez, interrumpió Bathilde queriendo estraviar el sentido de la conversacion; tal vez tendrían órdenes....

Dolowiske fingiendo indignacion exclamó con enojo:

—¡Órdenes!.... órdenes, cuando un hombre se ahoga.

Bathilde se sentó junto á la mesa que Vedia habia levantado, cuya operacion dejó para hablar dirigiéndose al bohemio:

—Teneis mucha razon.

Y Belgrano, viendo que su amigo estaba á punto de desmandarse le apretaba la mano con disimulo. Dolowiske que lo observaba prosiguió:

—Creo que el virey es un déspota que no conoce mas ley que su capricho. A mí poco me importa; pero si yo tuviese el honor de ser americano, no tendria paciencia, y á la primera ocasion....

Vedia no pudo ya contenerse, y cogiendo la mano del astuto bohemio prosiguió:

—¿Qué debería sucederle?

Belgrano se aproximó y le tiró de la casaca; pero Vedia se volvió á su amigo y exclamó:

—¡No quiero obedecerte!.... No tengas sospechas; un hombre que detesta á los españoles, una sobrina como un ángel; no hay peligro, y yo apuesto cualquier cosa á que le ponemos de nuestra parte.

Y volviéndose á Dolowiske continuó:

—Vuestro carácter me encanta, y si quereis dar una vuelta conmigo....

—Con mucho gusto, amigo mio.

Y frotándose las manos con regocijo interior se decia:

—Cayó en la trampa.

En este momento entró el secretario privado del virey.

XI.

—¿Quién es este hombre? preguntó Belgrano.

—Se adivina por su aspecto, contestó Vedia; uno de esos caballeros que tienen por oficio pasear las calles de Buenos-Aires.

Guaicolea mientras tanto recorria el aposento gritando:

—¡Mozo!.... Disimulad, caballeros, añadió dirigiéndose á los demás; un acontecimiento desagradable.... Una jóven que yo conducia á la ciudad....

—¿Una jóven? preguntó Belgrano.

—Ciertamente, continuó Guaicolea; una jóven y su aya que.... yo no puedo decir.... es una mision secreta.... comprendereis que.... Al pasar por la puerta de esta hostería, fué acometida de un desmayo; no es posible seguir adelante, y esto es tanto mas sorprendente cuanto que poco antes se encontraba buena, y ahora me manda buscar un doctor, y.... yo pierdo la cabeza.... ¿Hay doctores en América?

Vedia le miró con risa sardónica, y dijo entre dientes:

—¡Fatuo! No sé lo que me deliene....

Belgrano dijo entonces á Guaicolea:

—El dueño de la hostería podrá deciros dónde se encontrará el médico que buscáis.

—Mil gracias, caballero, repuso el edecan.

Pero ve de pronto á Bathilde, y esclama:

—¡Una señora!

Al saludarla reconoció á Dolowiske, y exclamó:

—¡Calla! ¿Aquí está el bohemio?

—¡El bohemio! repitió Belgrano.

—¿Qué habeis dicho? preguntó Vedia.

—¡Maldito seas! dijo entre dientes Dolowiske disimulando su enojo.

Belgrano miró sucesivamente al alemán, y dijo analizándole:

—¡Un bohemio!

Dolowiske se acercó á Belgrano y le dijo por lo bajo:

—¡No digais lo contrario! Os lo repito.

Belgrano se dirigió en seguida á Guaicolea y le preguntó maliciosamente:

—¿Vos conoceis á este caballero?

—Ya lo creo, repuso el edecan; y el virey también.

—¡Somos perdidos! se dijo Bathilde.

Guaicolea siguió hablando con cierta petulancia:

—Pues que yo soy el que estoy encargado.... Pero estos son asuntos de Estado; yo no puedo hablar acerca del particular, porque nosotros los diplomáticos.... la discrecion.... ¿Me habeis dicho que el dueño de la hostería.... el médico.... Os doy cumplidas gracias, y corro al lado de mi amable enferma.

Haciendo un saludo exagerado se ausentó. Lo mismo Belgrano que Vedia siguieron con los ojos al edecan hasta que le perdieron de vista.

Bathilde se aproximó á Dolowiske y le dijo con disimulo:

—Ya lo veis, no hay medio de engañarle.

—¿Quién sabe? respondió Dolowiske con la misma reserva.

—Alejémonos de aquí, prosiguió Bathilde; os lo suplico.

—Todavía no, contestó Dolowiske algo amostazado.

Bathilde miraba á Belgrano y se decia:

—No podré soportar su mirada de desprecio.

Belgrano y Vedia se aproximaron al alemán: el primero, despues de haber mirado á este personaje misterioso, le dijo con pausa y cierta intencion:

—¿Con que vos conoceis al virey?

—¿De quieh tan mal hablábais hace poco? añadió Vedia.

—Precisamente porque le conocia, respondió al instante Dolowiske.

—¡No esperéis engañarnos! exclamó Belgrano en tono severo.

Y Bathilde, turbada, se interpuso diciendo:

—¿Qué sucede aquí, caballeros?

—Perdonad, señora, interrumpió Belgrano; pero esto es demasiado importante para nosotros. Tenemos derecho para exigir de ese caballero una explicacion acerca de su conducta. Se ha presentado á nosotros como marino.

—Y ahora, interrumpió Vedia, aparece como un bohemio.

—¿Qué significa este cambio? preguntó Belgrano.

—¿Con qué objeto? añadió Vedia. No puedo creer que un motivo honroso....

Dolowiske tomó un aspecto de altanería, y dijo: —Jóven, vos pasais muy pronto de un exceso de confianza á las sospechas mas injuriosas; pero no me quejo; las apariencias están en contra mia.

—Entonces.... dijo Belgrano.

Dolowiske prosiguió mirando en su derredor. —Os creo hombres de honor y no me hareis una traicion.

Bajando la voz continuó hablando de la siguiente manera:

—Os confesaré, que teniendo necesidad de permanecer algun tiempo en esta ciudad sin despertar la atencion de los españoles, me acordé de estos vagabundos, de esos bohemios que recorren el país sin papeles, sin otro pasaporte que su audacia, lo que no me ha evitado sufrir un largo interrogatorio del secretario del virey, á quien acabais de ver.

—¿Era ese el secretario del virey? preguntó Belgrano.

Dolowiske continuó:

—Su esclencia quiso esplorarme, y me ha costado mucho trabajo estraviar su penetracion. ¡Soy tan torpe cuando es necesario mentir! ¡Voto á los once cielos! Es la primera vez que el baron de Corwithe se ha doblegado....

—¡El baron de Corwithe! exclamó Vedia.

Dolowiske fingió sorprenderse, y retrocedien-

do, exclamó como el que se arrepiente de haber lanzado una palabra imprudente:

—¡Ah! ¿Qué es lo que yo he dicho? ¿Me habré hecho traición á mí mismo?

—Nada temais, dijo Belgrano.

—Estais seguro, añadió Vedia.

—¿Será posible? exclamó Belgrano. ¿Sereis vos el valiente Corwith?

—¿Ese norte-americano á quien estamos esperando? prosiguió Vedia.

Dolowiske fingia sorpresa, y añadió:

—¿Qué esperais?... ¡Cómo! ¿Vos conoceis á Belgrano?

Este abrió sus brazos entusiasmado, y exclamó:

—¡Yo soy!

—¡Vos! decía Dolowiske, mientras le abrazaba. Un momento, señores, yo tengo derecho á ser desconfiado también. Al saltar en tierra he dejado á bordo nuestra correspondencia, que podía descubrirme. Pero, si vos sois Belgrano, debéis tener una carta mia.

Belgrano la sacó apresuradamente de la cartera, y dijo:

—Héla aquí.

—¿Será verdad? preguntaba Dolowiske devorándola con los ojos. Sí, esta es mi letra; no tengo necesidad de saber mas. ¡Mi querido Belgrano! ¡Mis dignos amigos! ¡Al fin os encuentro!

Y abrazaba con entusiasmo ora á Belgrano, ora á Vedia.

Bathilde contemplaba este cuadro, y no podia comprender que fuese tan grande la audacia del alemán.

—¡El baron de Corwith! exclamó Vedia; ¿por qué no lo dijisteis en seguida?

Dolowiske hubiera respondido: «Porque era menester saberlo.»

—¿Me perdonareis? preguntó Belgrano á Dolowiske.

Y dirigiéndose despues á Bathilde, añadió:

—¡Cuántos perdones tengo que pedir!

Dolowiske, apretando la mano de Belgrano, decía:

—¡Y yo que desconfiaba de vos! ¡Como hay tantos intrigantes, es necesario estar siempre en guardia!

Luego, estrechando la mano de Vedia, añadió:

—Vos, sobre todo, sois muy imprudente. Apuesto cualquier cosa á que el hombre salvado por el coronel, érais vos.

—Con efecto; yo mismo, que pasaba á bordo para hablaros.

—¿A bordo? preguntó Dolowiske con alguna inquietud. Debieron haberos dicho.....

—Nada han podido decirme, repuso al punto Vedia, porque no he podido llegar.

—¡Respiro! dijo Dolowiske entre dientes.

—Pero ahora, que os encontrais entre nosotros, dijo Belgrano, tenemos que hablaros de nuestro gran proyecto.

Y diciendo esto, cerró todas las puertas que daban acceso á la habitacion en que se hallaban, y volvió apresurado al lado del alemán.

—Decidme lo más urgente, objetó Dolowiske.

Y Vedia, á media voz, y con el mas grande misterio, añadió:

—Tenemos que comunicaros nuestros planes, y el estado de nuestras fuerzas.

—Sí, sí, decía Dolowiske frotándose las manos; eso es lo mas esencial; que yo no ignore nada, que yo lo sepa todo.

Y Belgrano proseguía con el mismo misterio.

—Nuestros amigos se reunen aquí esta noche, muchos de ellos han llegado ya á esta posada; pero antes que tengamos una conferencia, conviene que vos los escuchéis, que vos seáis presentado.....

—Yo me encargo de eso, interrumpió Vedia.

Y Dolowiske, alegremente, decía:

—¿Presentado por vosotros? ¡Ah! eso es mas de lo que yo esperaba.

E inclinándose diestramente hacía Bathilde, la decía por lo bajo:

—¡Esto va á las mil maravillas! Soy el jefe principal de la conspiracion.—Venid, añadió cogiendo del brazo á Vedia, y llevándoselo á otro aposento.

—Ya os sigo, contestó Vedia, desapareciendo con el alemán.

Belgrano y Bathilde quedaron solos en el aposento.

(Se continuará).

EL OPIO.

No te asustes, amigo lector. Ni voy á componer un tratado de materia médica ni mucho menos de comercio ó botánica. Ya seas familiar en los dominios de la ciencia ó profano en el recinto de su templo, solo tedio podrian causar las enseñanzas de mi corto ingenio. Lo que ofrezco á tu buena crítica, animado por el deseo de distraer algunos momentos tu pensamiento, recordándole cosas olvidadas quizá, son unos ligeros apuntes sobre la sustancia cuyo nombre encabeza este artículo, seguidos de un episodio moderno ocurrido con motivo de su tráfico, de grandes consecuencias para la humanidad. La lectura será muy breve, y como el asunto es árido de suyo y fatigoso, no me puedo lisonjear que al terminarla digas, segun lo habrás hecho alguna vez: ¡Qué lástima no fuese mas larga!

Conocido el opio desde los tiempos antiguos, observada su accion enérgica sobre todo el organismo y la preciosa cualidad de calmar los padecimientos, ya que no pueda estirpar su causa; era natural fuese desde un principio objeto preferido de las consejas y admiracion del vulgo, al paso que uno de los medicamentos mas célebres y dignos por su importancia de las meditaciones y escritos del sabio. Homero habla del opio en sus inmortales obras como de una sustancia muy conocida entonces por sus efectos y empleada frecuentemente. Juzgan varios comentadores que los célebres *napentes*, mencionados por el famoso cantor de la cólera de Aquiles no eran otra cosa que opio, ó cuando menos una bebida en cuya composicion entraba.

Esta sustancia es un jugo denso sacado de la adormidera, de flores y semillas blancas, que crece en el Asia Menor, la Persia, la India y el Africa, donde se cultiva con mucho cuidado.

Se extrae el opio de muchas maneras, y son varias sus cualidades. Por esta razon se hacen algunas incisiones transversales ó en espiral á las cajas de la adormidera poco antes de la madurez, con una especie de cuchillo de hojas múltiples. El jugo que fluye es primero blanco y lechoso, pero no tarda en adquirir un tinte amarillento, y á las veinte y cuatro horas su color es ya parduzco y forma lágrimas semi-concretas. Entonces se las recoge, se las reune en masas que constituyen el opio propiamente dicho ó el opio en lágrimas. Esta especie es la mas pura y estimada. No sale del país donde se cosecha, pues la compran y consumen los habitantes ricos.

Otro de los procedimientos consiste en machacar las cajas y parte superior de los tallos para extraer su jugo, que se hace evaporar lentamente hasta la sequedad. Este extracto, dividido en masas ó panes redondeados y deprimidos, del peso

de cuatro á seis onzas, componen el opio del comercio ó meconio.

Hay tambien una tercera especie inferior, á las anteriores, que no es mas que el extracto de las cajas y tallos de la adormidera, obtenido por el agua hirviendo y evaporado hasta la conveniente consistencia. Esta última especie, que es la menos apreciada, lleva el nombre de *poust*.

Entre los diversos principios inmediatos que pertenecen al opio, segun los mejores trabajos sobre su análisis, la morfina combinada con el ácido meconico, la narcotina disuelta y suspendida por medio de un aceite fijo y un elemento oloroso nauseabundo, son los únicos propios y activos de este agente medicamentoso. De consiguiente olvidaremos los restantes por no ser necesarios en el curso de nuestra relacion.

Deteniéndonos un poco á considerar los mortíferos elementos combinados en la droga de que tratamos, hallaremos muy natural la terrible desarmozacion producida por ella en la economía cuando se la usa por costumbre ó sin sujetarse á las prescripciones de la ciencia. Es indudable segun opinion de los mejores fisiólogos, que el uso habitual de aquel narcótico, ya se fume, ya sea tomado interiormente, ejerce una accion funesta sobre el sistema nervioso, que acaba con la vida despues de haber anulado la inteligencia.

La escitacion general que desarrolla está muy lejos de ser un letargo absoluto, sino mas bien un éxtasis delicioso en que se gozan imaginariamente todos los deleites del paraíso mahometano: preferirá la muerte el desgraciado sometido á tal fascinacion primero que renunciar á semejante delirio, que ofrece á los sentidos las delicias mas refinadas antes de terminar por la locura y aniquilamiento. En vano intentará renunciar á este vicio funesto el infeliz sometido á su influjo, pues el estímulo nérveo general que sobreviene de repente produce un desarreglo en todas las fuerzas vitales cuya sensacion es intolerable y puede ser hasta de fatales resultados. No hay remedio; el tirano reina como déspota sobre la presa que se dejó aprisionar en sus redes y es necesario de grado ó por fuerza consumir el suicidio: una vez puesto el pié sobre la fatal pendiente es imposible detenerse.

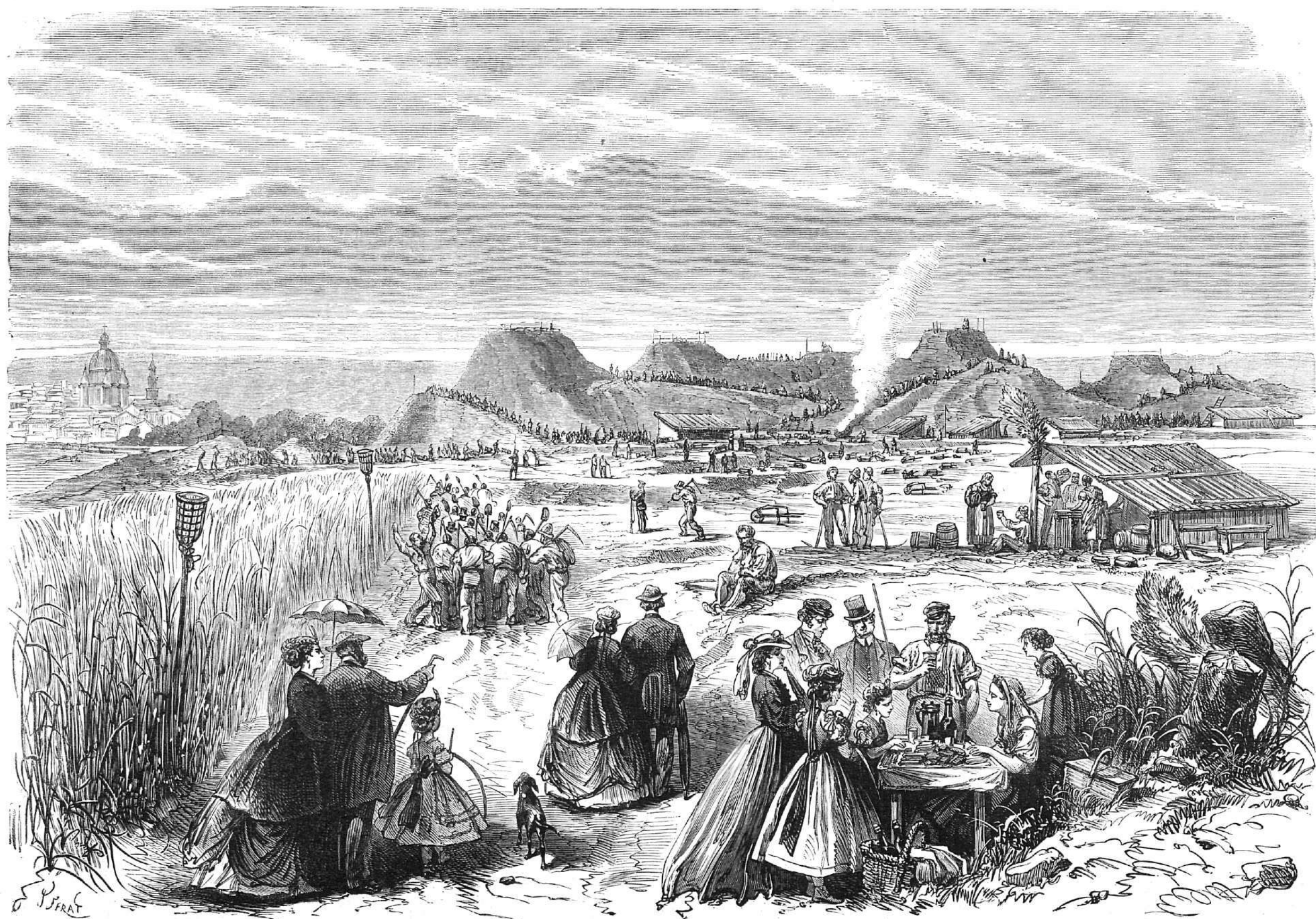
Pronto la memoria del fumador se debilita y su entendimiento queda incapaz de coordinar pensamiento ninguno, trastornado el cerebro por el fatal influjo de la nociva sustancia: la decadencia del espíritu camina con tanta rapidez como la destruccion física. Al paso que las piernas flaquean y los brazos tiemblan como los de un decrepito, el cuerpo se agobia, la cara se cubre de una palidez cadavérica, y las facultades del alma y cualidades morales desaparecen sucesivamente hasta llegar á una degradacion completa, dejando el desgraciado sometido á la dura coyunda de su pasion abominable, de pertenecer á la especie humana, aun antes de tropezar en el sepulcro.

Por si acaso hubiese alguno que creyera exagerado cuanto llevamos dicho, haremos un ligero resumen de la explicacion de seis lienzos en los cuales un artifice chino quiso pintar la escala recorrida por un fumador en su fatal camino.

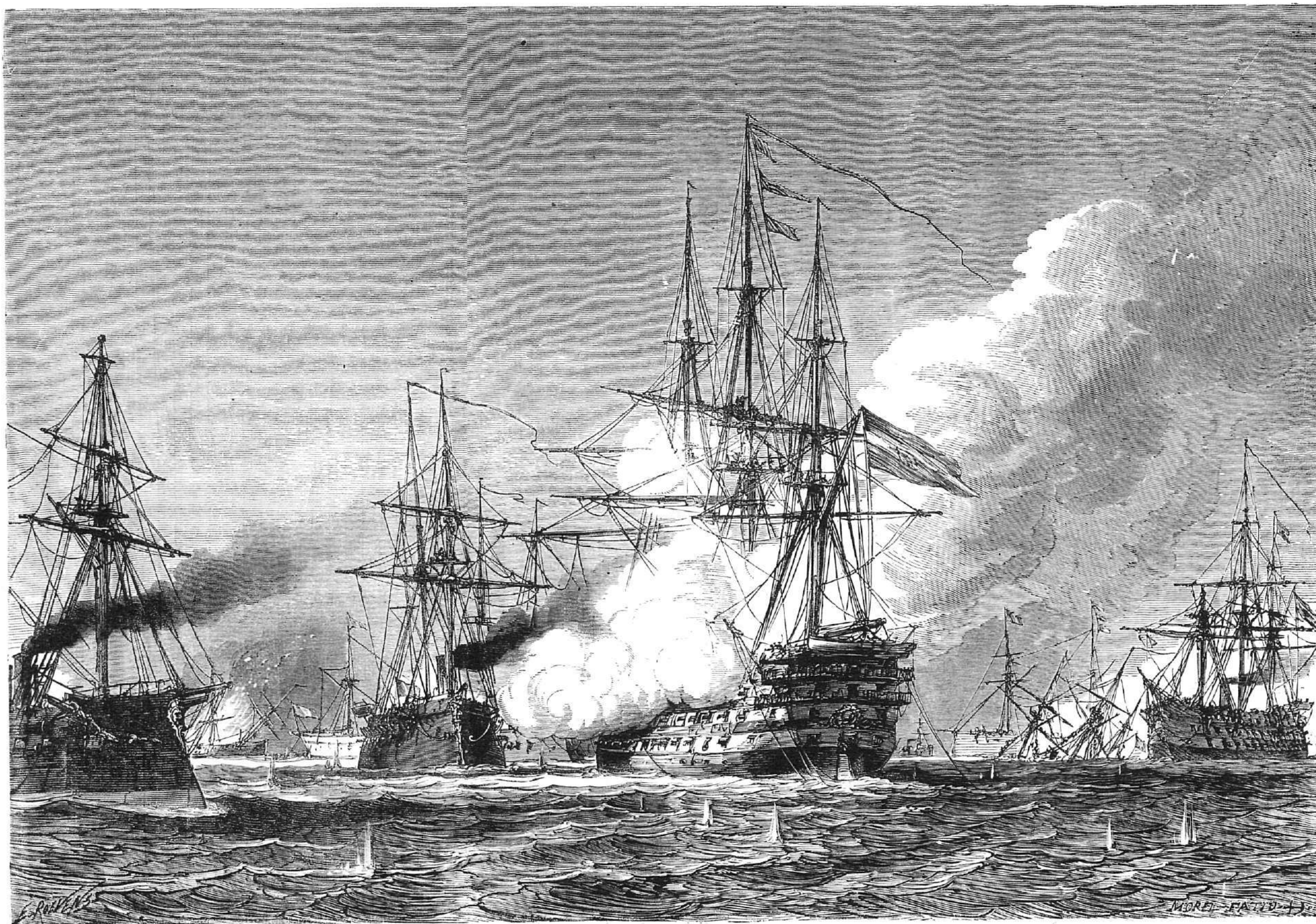
En el primer cuadro se ve un joven mandarin adornado de rica vestidura y lleno de salud y robustez. Un arca llena de monedas de oro y plata se descubre á su inmediacion. Poco distante un criado prepara el opio que debe contener la pipa de su amo.

El segundo cuadro representa al magnate recostado en blandos almohadones, en medio de músicos y aduladores á los que distribuye dinero en abundancia.

En el tercero aparece el imprudente mozo dominado ya por el hábito mortífero: su espalda encorvada, su tez plomiza, sus ojos hundidos y sin



Num 5



fijeza, el rostro flaco y los dientes descarnados, indican los estragos producidos por el opio en su organismo. Se halla sentado en un pobre sofá de bambú y su arca vacía. Prepárase para fumar, con gran sentimiento de su mujer y de su esclava que parecen consternadas por su ruina.

Si examinamos el lienzo cuarto encontraremos á nuestro héroe reducido á la miseria. Un mal tablado le sirve de cama: vacila como un octogenario y los músculos de su rostro y manos contrahidos causan lástima y repugnancia. Su respiración difícil y anhelosa hace temer á cada momento verle exhalar el último suspiro. El hambre acosa á su mujer é hijo, pero él se muestra insensible á sus padecimientos.

Observemos el cuadro quinto donde el joven estenuado se presenta reducido á la situación mas deplorable. Sin embargo, acaba de adquirir algunas monedas de cobre y camina arrastrándose como un moribundo hacia el fumadero, en busca de los residuos que otro fumador ha dejado caer de la pipa para reanimar algunos momentos aquella vida próxima á extinguirse.

Finalmente el sexto lienzo le manifiesta reducido al último grado de imbecilidad. Sentado en una pobre silla se ocupa en devorar con ansia un pedazo de opio glutinoso y repugnante que no puede tragar sin ayuda de algunos sorbos de té. Su mujer é hijo, silenciosos y tristes, devanan madejas de seda para con el producto de aquel trabajo sostener algun tanto su penosa existencia. En cuanto al fumador, se deja comprender que no tardará en lanzar el pestífero aliento.

Los primeros europeos que introdujeron el opio en el Celeste imperio fueron los holandeses establecidos en Batavia, y bien pronto se propagó la pasión por esta droga de una manera espantosa con todas sus horribles consecuencias. Era muy natural que así aconteciese en el pueblo mas voluptuoso del universo. En todos tiempos han consumido los chinos cantidades enormes de afrodisíacos y excitantes de todas clases. Los nidos de salanganas, las aletas de tiburón, la cierva marítima, molusco de una especie particular de que se importan en aquel país todos los años mas de 7,000 *piculs* ó sean 241,000 kilogramos, son otras tantas sustancias estimulantes que contribuyen á enervar á los degenerados discípulos de Confucio.

En la India, en Persia, en Siria y en el resto de Turquía, el uso del opio no produce generalmente tan desastrosas consecuencias, puesto que los naturales de aquellos países son menos apasionados que los chinos á la droga emponzoñada; pero en la China sucede todo lo contrario por consecuencia de las inclinaciones sensuales de sus habitantes. Los ingleses supieron explotar esta predisposición y allí establecieron el gran mercado de la sustancia fatal que habia de difundir por todo el imperio la muerte y degradación.

La corte de Pekin toleró largo tiempo el tráfico del opio, pero advirtiendo el emperador las funestas consecuencias que producía la costumbre de usarle, prohibió en el año 1796 su venta é introducción bajo las penas mas rigorosas.

«He observado, escribe un censor imperial en una memoria dirigida al gobierno chino, que los fumadores tienen un deseo periódico de satisfacer su pasión, imposible de calmar sino tomando otra nueva dosis de opio, guardando intervalos regulares. Si no pueden hacerlo son acometidos de una debilidad general; la nariz y los ojos fluyen abundantemente y quedan incapaces para todo trabajo ni pensamiento serio, hasta que algunas chupadas vuelven á reanimar sus fuerzas é inteligencia. De suerte que, sin el opio la vida es para ellos imposible, y cuando tal vez son presos y conducidos á presencia de los jueces prefieren sufrir un castigo severo antes que revelar el nombre de los que les han vendido el veneno.»

Los ingleses no hicieron caso alguno de las prohibiciones; organizaron un contrabando activo en los pueblos del litoral, y sus agentes relacionándose con los primeros funcionarios del Estado y estimulándolos á contraer la costumbre perniciosas, los contaban en el número de sus cómplices y encubridores. Por último, establecieron un depósito de opio en la isla de Lintín, situada á la entrada de la ría de Canton, donde muchos buques llamados *navios depositarios* surtian con abundancia á los consumidores. Al cabo de poco tiempo los barcos contrabandistas se presentaron armados de cañones, y cuando encontraban un junco de guerra encargado de perseguir el comercio clandestino, si no conseguían echarle á pique con su artillería, apelaban á la fuga, y casi siempre lograban eludir la persecución de los aduaneros.

El gobierno de Pekin, resuelto á cortar de raíz los males que llevaba consigo la introducción del opio, publicó nuevas órdenes mas expresas y severas que las anteriores, prescribiendo á los mandarines ejerciesen una rigurosa vigilancia para evitar su importación. El residente inglés se sometió en apariencia á la voluntad del emperador, pero ni mandó á los buques depositarios abandonar la ría de Canton, ni puso nada de su parte para neutralizar el contrabando.

Apurada la paciencia de las autoridades chinas creyeron llegado el caso de abandonar las contemplaciones, y el comisario Lin, delegado del soberano, decretó la confiscación de todo el opio contenido á bordo de los buques depositarios. Sin hacer caso el residente inglés, continuó protegiendo el comercio fraudulento hasta el extremo de ser necesario reducirle á prisión y amenazarle con mayor castigo para lograr firmase la entrega del género decomisado. Conociéndose débil por entonces el capitán Elliot, abandonó al comisario 20,291 cajas de opio: cantidad muy pequeña en proporción de la reclamada.

Irritados los mercaderes ingleses, como si el gobierno chino no tuviese desrecho á confiscar un género de ilícito comercio, aumentaron sus provocaciones é insolencia, hasta el punto de penetrar unos marinos británicos en el pueblo de Hong-Kong (17, julio, 1839), donde cometieron graves desórdenes, asesinando á uno de sus habitantes. Esto dió margen á contestaciones, que terminaron estableciendo el superintendente inglés un riguroso bloqueo á la entrada de la ría (3 de setiembre), y embistiendo á tres embarcaciones chinas, sin proceder declaración de guerra. Dos meses después, este mismo funcionario auxiliado por las fuerzas navales que mandaba el capitán Smith, acomete á una escuadrilla imperial, destroza algunos barcos, y ufano de su triunfo, medita y se prepara á empresas de mayor consecuencia.

No se hicieron esperar. Con fecha 3 de abril de 1840, el gobierno británico declaró la guerra á China, exigiendo 75 millones de francos como indemnización del opio confiscado, y las concesiones al comercio inglés que este juzgara convenientes. En apoyo de tales reclamaciones, una escuadra de treinta buques se presentó el 2 de abril á la vista de la isla de Chusan, situada á la entrada del mar Amarillo. El 5 se rompió el fuego contra la capital. Los desgraciados habitantes habian preparado en la costa algunos monstruos de forma espantosa iluminados por fuegos de artificio, creyendo en su simplicidad que bastaría su aspecto para que los invasores huyeran aterrados. Esto, y algunos disparos de cañon cuyas balas pasaron sobre los mástiles de los navíos, fué la única resistencia que opusieron á un enemigo provisto de cuantos medios de destrucción ha podido discurrir la ciencia militar.

El informe dado por lord Napier hacia poco tiempo aconsejando á su gobierno la guerra, que-

daba justificado: era un pueblo sin defensa.

A los nueve minutos tan solo de un bombardeo mortífero contra una ciudad inermes, penetraron en Ting-Hoe las fuerzas invasoras, hallando la población desierta, pues los naturales habian corrido en desorden á refugiarse en las montañas vecinas. Después de enarbolado el pabellon de la Gran Bretaña, acontecieron escenas bien lamentables. Sin duda no pudo evitarse el horrible saqueo á que se abandonó la soldadesca, atendiendo á que los buques de guerra habian comunicado pocos días antes á los de transporte órdenes terminantes para que usaran de indulgencia con el pueblo, inocente de la negativa de su gobierno á conceder la reparación exigida.

La generosa conducta observada por la marina de guerra el día inmediato á la toma de Chusan, confirma la certidumbre de esta suposición.

Unos soldados ébrios ó instigados por algun espíritu diabólico, prendieron fuego á un barrio de la capital. El incendio, comunicándose á los inmensos depósitos de aguardiente almacenados en ella, se propagó con rapidez espantosa, y toda la ciudad hubiera sido consumida por las llamas, si los esfuerzos heroicos de los marinos no hubieran conseguido sofocarlas después de trabajos inauditos.

Mientras tanto, una corta division de la escuadra desempeñaba con un celo digno de mejor causa, la triste comision de reducir á cenizas la ciudad de Amoy. El comandante de la fragata la *Blonde* cumplió las instrucciones de su jefe, presentándole las ruinas ensangrentadas como la mejor prueba de obediencia á sus mandatos.

El contrabando del opio continuaba en tanto mas activo cuanto mas se prohibia, y los sucesos prósperos alternaban con los adversos, hasta que la Gran Bretaña, viendo comprometido su honor al frente de unos bárbaros, conoció la necesidad de penetrar en el corazon del imperio.

A este tiempo Enrique Pottinger sucedió en el mando á lord Elliot, de cuya conducta no estaba satisfecho el gobierno supremo (agosto, 1841). El nuevo residente, tan luego como tomó posesión de su cargo, ocupó, sin perder mas que veinte hombres, tres grandes ciudades de la costa y el canal imperial (julio, 1842), volviendo á subir el río Azul. Los chinos se defendieron con un valor inesperado: nuevos combatientes brotaban por doquiera en reemplazo de los que caian á millares; estrangulaban á sus mujeres é hijos para evitar fuesen presa del enemigo, llenando los pozos con sus cadáveres en las ciudades invadidas por los ingleses, hasta que, perdida la esperanza de resistir á los europeos, abandonaron la falsa idea de superioridad del Celeste imperio y se avinieron á tratar de paz (29, agosto, 1842), la cual se llevó á cabo bajo las condiciones siguientes: Pagará la China 21 millones de duros: se abrirán á los europeos los puertos de Sing-hai, Amoy, Fochu-fu y Ning-po; la isla de Hong-Kong será cedida á la Gran Bretaña, é indultados los súbditos del imperio acusados de haber favorecido el comercio fraudulento. Nada se dijo acerca del opio.

He aquí á Inglaterra representando un gran papel entre las demás naciones, poniéndolas de manifiesto que si empuñó las armas no fué con objeto de conseguir privilegios, si no con la firme resolución de quebrantar las trabas que impedían á los europeos arribar libremente á unas costas que los desechaban con desprecio.

Las relaciones comerciales, desarrolladas en extremo á consecuencia de la paz, firmada en ventaja suya, aumentaron la introducción del opio de un modo extraordinario. El emperador echó mano de cuantos medios se le ocurrieron para impedirla, rechazando las persuasiones de Pottinger, que le aconsejaba legitimase aquel tráfico sujetándole á un impuesto regular, abriendo así un manantial

abundante de riqueza incalculable para su tesoro. Pero aquel monarca en vez de adoptar este partido, útil aunque deshonroso, hizo proponer á la Compañía de la India una compensación de 74 millones y medio anuales si abandonaba el cultivo de la adormidera. La propuesta era por cierto absurda, mas denotaba un corazón noble y un alma grande, inaccesible al interés en obsequio de la moral y bien de sus pueblos.

DIONISIO CHAULIÉ.

SILVIO PELLICO.

Plût á Dieu que mon âme fût où
est la sienne!....
DE BARAUTE.—*Mort de Jeanne d'Arc.*

Imposible es que leais sin conmoveros una tan solo de las páginas de ese héroe que á mis ojos aparece mas grande que el que decide en el ardor de los combates!.... Las lágrimas del amor y de la ternura, rocíos del corazón, aparecen á vuestras mejillas al leer cualesquiera de sus candorosas confesiones.... Si habeis llorado, llorareis con Silvio Pellico, porque «¿quién de vosotros ha pasado la vida sin conocer las lágrimas? (1)»

Hay contrastes en la vida del hombre que á primera vista aparecen increíbles y absurdos. Silvio Pellico es el poeta que canta la libertad entre las lóbregas sombras de los calabozos de Venecia; gime en la esclavitud; es libre.... Es el filósofo humilde, pero superior á los infortunios de la vida...

¡Cuán nobles y elevados á la par que tristes y desconsoladores son los pensamientos de *Mis Prisiones!*....—Es un libro perfumado de amor, embalsamado de ternura....—Una de esas lágrimas vividas é inmortales que arranca el infortunio....—Uno de esos besos apasionados, pero puros, en que se aspira la inmortalidad.—Hay en las páginas de Silvio Pellico, un *no sé qué* de triste, pero elevado, magia de esperanza eterna, recogimiento sublime, éxtasis de amor verdadero.... algo de divino en la oración que eleva, como de humano es el gemido que despide, que hace creamos escuchar de sus labios, aquellas palabras de Fenelon: *necesito de una fuerza que me venga del cielo*.... Esta fuerza, á los que esperamos, nos es muy necesaria al soportar las miserias del camino de la vida.

La calumnia se posa emponzoñada sobre la cabeza de Silvio Pellico. Y aquel espíritu elevado, joven aun, se inclina ante los infortunios, pero no se humilla, porque la esperanza le hace superior á ellos.

Y durante diez años, (quizás los mas lozanos de la vida) vióse encerrado en los lóbregos calabozos de Venecia y en los misteriosos subterráneos de Spielberg.

Cuando se considera solo y desgraciado, una meditacion amarga, pero sublime, se apodera de él y exclama recordando á sus desconsolados padres:

«¿Cómo van á soportar la nueva de mi arresto? ¿Quién les dará fuerzas para sufrir este golpe?»—Una voz interior responde: «Aquel á quien todos los afligidos invocan, á quien aman y sienten en sí mismos, el que daba fortaleza á una madre para seguir á su hijo al Gólgota y permanecer al pie de la cruz, el amigo de los desgraciados, el amigo de los hombres!!!...»

Silvio Pellico ignoraba, sin duda, que trasladaba su alma á sus escritos....

Esta inadvertencia engendra el candor de su esrilo y la bondad de sus pensamientos.... Al comprenderlos, una suave melancolía nos arrebató á esas silenciosas regiones del recogimiento y de la resignación....

Cuando se aparta de nosotros el infortunio, cuando desgarramos el velo de la desgracia, una espontánea y candorosa oración murmuran nuestros labios.... Agradecemos al cielo que nos haya apartado de los abismos de la desdicha.... Así, también, cuando seguimos á Silvio Pellico en sus melancólicas confesiones, cuando en él presenciábamos los embates de la vida, los esfuerzos del alma en su lucha con el mundo; cuando contemplamos la salvación ó el triunfo después de las penalidades del azar, nuestro corazón humilde y enternecido, eleva un himno de gracias al cielo, y acaso maquinalmente levantamos nuestras manos cual si quisiéramos alcanzar un resto del laurel de la victoria.

Para las almas manchadas por el vicio ó por el crimen, la soledad es la agonía.

Silvio Pellico, si en un principio creyó contemplarla con espanto, veneróla luego con amor, con el cariño con que amamos al amigo que participó de nuestras penas ó de las adversidades de la suerte.

«Al pensar en que Dios, exclama, está siempre cerca de nosotros, que está en nosotros, ó, mas bien, que nosotros estamos en él, la soledad iba perdiendo cada día su horror para mí.... ¿no estoy yo con la mejor compañía?—Esto decía yo, y me serenaba y gorgeara cantando con placer y con ternura!.... La vista de una persona acusada hasta á templar los tédios de la soledad!»

Indudablemente, al decir esto, pensaba en la familia, en esa sombra que nos cobijaba en tiempos mas felices, y que velaba nuestros sueños, ángel que nos adormecía con una trova y nos despertaba con un beso de amor.... Es el primer sueño de la primavera; la flor se agostó!.... ay!... «La familia del hombre no dura mas que un día!!!... (1)»

Oh! en verdad es interesante escuchar la historia que con una mirada, único lenguaje que le era dado, relataba el niño sordo-mudo acercándose á la reja del prisionero que le distraía de sus juegos!.... Aquella mirada, chispa eléctrica, les unía, acaso con los lazos de una amistad profunda y misteriosa, al mostrarle un mundo de afectos.

Todos los personajes de ese poema de lágrimas de amor que se titula *Mis Prisiones*, acuden á mi imaginación revestidos de una aureola fantástica.... Magdalena.... ¿eres ángel ó mujer? ¿eres la ilusión de la fantasía ó el engaño del corazón?

Sigamos aquellos amorosos pasajes.... Mas no, no; porque el desaliento nos fatiga y es triste seguir las huellas de un alma que lucha con la desesperación y la desgracia.... *Mis Prisiones*, son, en efecto, la historia de un corazón, la apología de un alma.... vislumbra en ella el ser elevado que bendice el dolor y no encuentra un suspiro de odio para sus enemigos.... Preciso es que exclamemos como George Sand: «tu alma es demasiado elevada para soportar el dolor y esperar la venganza.» (Hamlet).

Mas, ay! cambian las ideas como los afectos, quien tuvo desden para sus perseguidores, exclama ahora: *EL DELENTE DEL ODIO ME AGRADA MAS QUE EL DEL PERDON*

Cuando la infelicidad no mira á Dios, es todo abismo, desconsuelo, desesperación que espanta....

Silvio Pellico dirige sus miradas al cielo, sus suspiros á Dios; ¡pero NO CREIA YA EN EL!....

El entusiasmo del triunfo es el mas arrebatador de los entusiasmos.... Silvio Pellico triunfó.... La fé y la esperanza, en su alma, sucedieron á la duda y la desesperación....

Maravillanos de horror imaginar una existencia llena de amor y de juventud en medio de las lúgubres estancias de las prisiones.... Lancemos una mirada de espanto á esos abismos del infortunio, á esas cavernas legales que jamás oculta la civilización.... ¿Será la civilización una mentira que burla con el sarcasmo de los siglos?....

¿Son esas horribles prisiones, el brazo de la tiranía entregado al derecho de la justicia?.... Mil veces, los pueblos enfurecidos, han hollado hasta los sepulcros de los hombres, como hievas hambrientas que arrancan del osario los cadáveres que van á devorar.... Esas cárceles, esos subterráneos seculares, esas cavernas horribles.... ¿no son los verdaderos sepulcros de la humanidad?....

Al contemplarlos, nos impresiona el espanto; sentimos una languidez glacial, cual el letargo del que se siente arrojado en el fondo de una tumba.... ¿No habeis reparado jamás, en esos suplicios interminables, en esas agonías sin cuento?....

Existe en el corazón humano, dice Charles Nodier, cierto germen horrible de crueldad.—Yo desearia que aquellos que han hecho sufrir á su prójimo, sufriesen algun día el conjunto de todos los pesares á que han dado margen.—Desearia que esta impresion fuese viva, profunda, atroz, irresistible....—Desearia que obrara en el alma cual un hierro ardiente, que penetrara hasta la médula de los huesos como plomo derretido, que envolviera todos los órganos de la vida, como con la ensangrentada túnica del centauro!....

Silvio Pellico nada encontró en el mundo ademas de las lágrimas.... Quimera es buscar sonrisas en la vida de los grandes hombres. El martirologio del génio es por cierto el mas fecundo de todos: desde la infancia del mundo hasta nuestros días, de la primavera al invierno, la grandeza de pensamientos y de aspiraciones, la elevación de ideas y de creaciones han presentado solo un cuadro desgarrador.... Cien patibulos se han erigido para los lastimeros criminales al par que á los grandes génios.... El fanatismo ha encendido sus hogueras para sacrificar en hecatombe á los hijos de la gloria; los calabozos han encerrado mil veces las víctimas de la ignorancia y de las preocupaciones de todos los siglos.... Imaginad á Sócrates contemplando la copa emponzoñada, á Galileo humillado ante el fanatismo de sus jueces, á Colon esperando la hora del martirio, á Savonarola iluminado por las llamas de la hoguera.... pero no olvideis á Silvio Pellico consumido en el subterráneo y exclamando: *El delente del odio me agrada mas que el del perdón!*.... Hé aquí la estatua del génio!.... ¡Triste patrimonio el de la gloria!....

Cuando interrogamos la vida de los grandes hombres creyendo distinguir en su lenguaje el estilo de la felicidad, la experiencia pone en su boca, como en la de uno que se llamó Séneca, que «los que buscan el reposo en este mundo, no hallan mas que el pesar de haber perdido el tiempo!....»

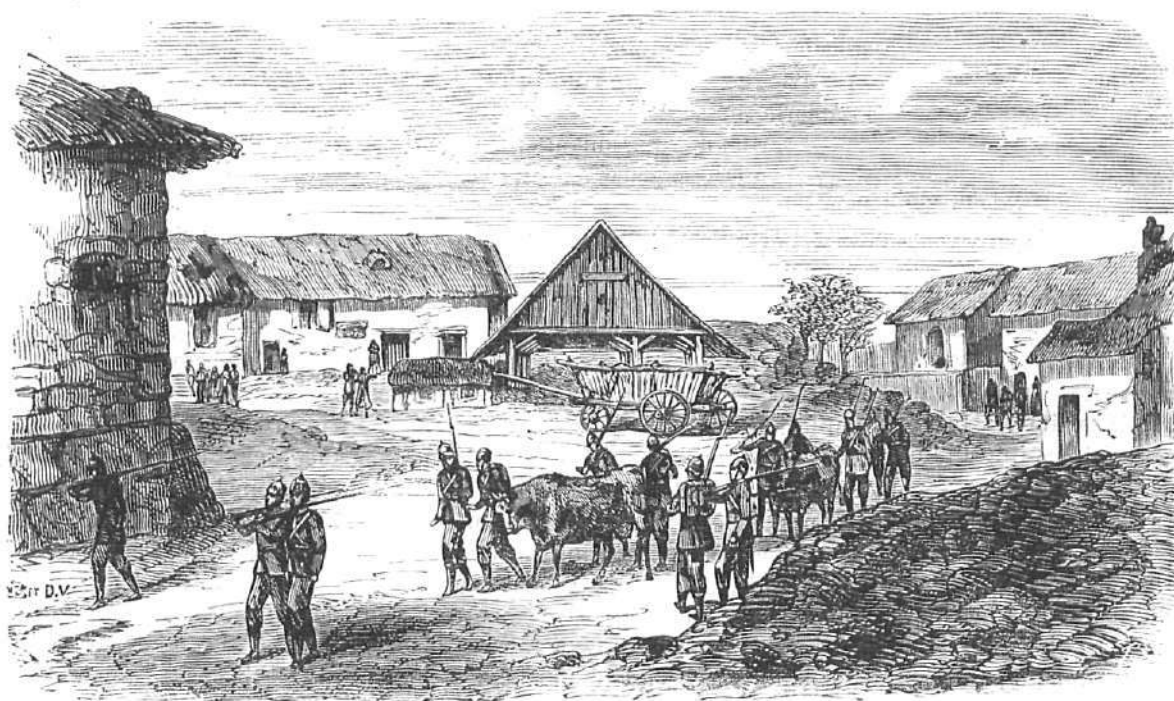
Solo la fé puede dar resignación.... Sin la fé habrá víctimas, pero no mártires.... Cuando los primeros del Cristianismo, en medio de las agonías de la muerte, elevaban sus ojos al cielo, el reflejo de la resignación iluminaba su semblante con un no sé qué de vago y misterioso, pero inmortal y celeste. La fé les presentaba la verdadera morada y les daba resignación.

(1) Voltaire

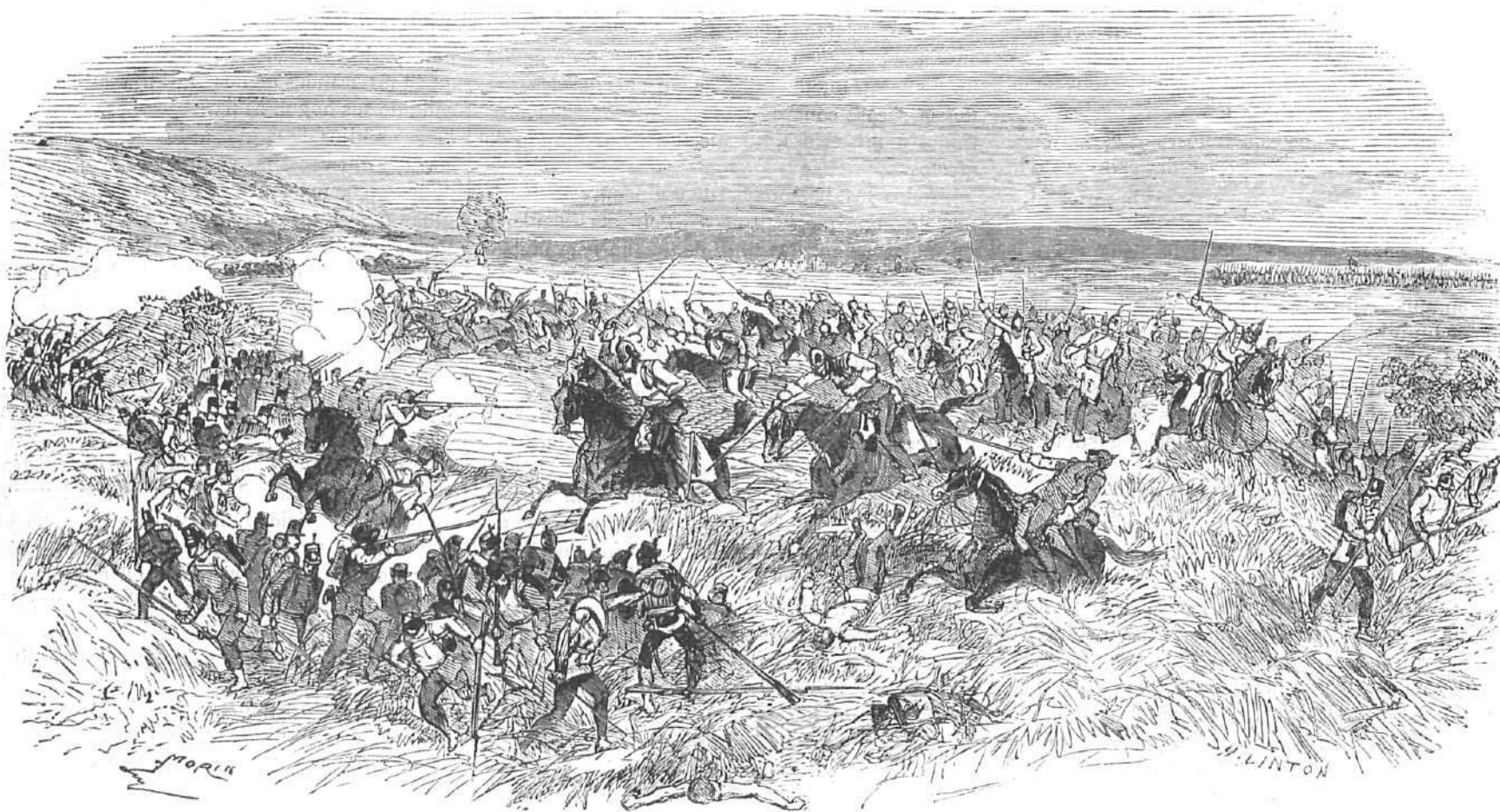
(1) Chateaubriand.



Num 7



Num 8



Num 9



Num 10



Num 11

Silvio Pellico luchó. Las luchas del espíritu son las menos sangrientas, pero las más horrosas y encarnizadas. La fé, repito, le dió la resignación y la palma de la victoria.

Amaba la virtud y murió en ella. Llena de amor hacía Dios, de ese fuego ardiente, pero puro, la inspiración no le abandonó en las agonías de la muerte. Al recibir el Viático, cuando su alma en espera iba á elevarse á la eternal atmósfera, balbuceaba, cual modelo de postrer suspiro, los versos sublimes:

Aiò e sopra il cor mio palpito il core
Del mio diletto ed era.—Ah! la tremante
Lingua osà dirlo appena.—Era il Signore.....

Il Signor che di gloria sfavillante
Regnà n' cieli, e sua delizia è pure
Il picciol uomo in questo valle errante!....

Ed attònto il mirano le pure
Intelligenze scendere ammantato
A questo credi di colpo è sciagure,

Ed il povero verme lacerato
Sanar colle sue mani, e a tutti i mondi
Ridir sua goia, se da tale è amato.

Io lo vidi per baratri profondi
Movermi incontro e gridar dolcemente:
«Perché cotanto al mio desio t'ascondi?....»

E più e più appresavasi e ridente
Più e più del suo viso era il fulgore;
E n'arsi, e arderonne eternamente!....

—Ah! si il proclamo
All' universo in faccia.—Era il Signore!....
Io lo vidi, il conobbi; ei m'ama, io l'amo!....

Tal fué Silvio Pellico. Temo seguir por si profano su recuerdo con mi cortedad. Es tal mi pequeñez que ni siquiera puedo medir el grado de su grandeza.

Fuerza es concluir. Al dirigir una mirada retrospectiva á aquel grande hombre, oírme despedirme como el Dante de la sombra de Francesca de Rimini:

I tuoi martiri
Lagrimare mi fanno triste e pio!....

J. FERNANDEZ MATHEU.

LA NARIZ.

JUGUETE SEMI-SERIO.

Llevado en alas de mi númen, voy á entretejer coronas de laurel y mirto á los narigudos de todos los siglos y de todas las naciones. ¿Qué sería una redondita cara, qué serían dos hermosos laceros, qué serían dos mejillas sonrosadas y dos labios de carmin, qué sería toda una boca adornada de dientes más blancos que el marfil, si carecieran de una hermosa y afilada nariz? Las máscaras de los histriones de la docta Grecia y de Roma antigua, tenían siempre una gran nariz, porque los helénos y los latinos juzgaron con sobrada razón, que una nariz pequeña y raquílica no daría á sus actores aquella magnificencia y majestad, aquel lustre que exigen los espectáculos escénicos: y los romanos aplicaron tal vez á sus máscaras el nombre de *personas*, para dar á entender al mundo, que la nariz únicamente engalana el rostro de uno y otro sexo. Ovidio, ese vate de las Gracias y de los Amores; ese vate, cuyos versos respiran galantería y delicadeza; ese vate fué llamado *Nason*, porque uno de sus antepasados adquirió en Roma renombre y fama por su larga y bien formada nariz; y Tácito, hablando

de los antiguos Germanos, nos dice que se distinguían por su rubia cabellera, por su tez blanca, por sus ojos azules, por su elevada estatura, por sus facciones, que tenían algo de feroz, y por su larga nariz. ¿No debe el Polichinela napolitano mucha parte de su celebridad á su majestuosa y saliente nariz? ¿Qué sería sin este adorno su tiznada cara?—Pero vamos ahora á reproducir en estas columnas un hecho histórico tan singular como curioso y peregrino.

Un antiguo César de Constantinopla, dotado por la naturaleza de una gran nariz, que podíamos decir por sus dimensiones no muy ordinarias, el honorífico y pomposo título de *imperial*, usaba de ella á su antojo y buen talante, como nosotros de todos los miembros y músculos más flexibles de nuestro cuerpo. Levantaba su nariz hasta juntarla con la frente; la bajaba hasta tocar con la barba, y la estendía á lo largo de uno y otro carrillo con la misma rapidez, que una veleta empujada por la fuerza de los vientos. Este don tan particular era un objeto de maravilla para nacionales y extranjeros, y nuestro emperador apreciaba más su larga nariz que su resplandeciente corona de fino oro. Fué mucha, pues, su sorpresa cuando supo que un hombre, recién llegado de Bitinia, tenía una nariz muy parecida á la suya, y que también usaba de ella á su antojo y buen talante. Entonces el César le mandó venir á su presencia, y habiendo visto con sus propios ojos, que aquel narigudo era su rival, le dijo, acompañando sus palabras de una sonrisa irónica y picaresca:—«¿Estuvo tu madre, extranjero, alguna vez en Constantinopla?—Mi madre, respondió con mucha serenidad el interrogado, no abandonó jamás sus domésticos hogares; pero mi padre estuvo muchas veces en esta magnífica metrópoli y frecuentó la corte de los Césares.»

Lo que acabamos de consignar, es el más claro y bello testimonio de que las narices más magníficas, más majestuosas y muy distinguidas por singularidades peregrinas y alguna rara habilidad, han sido un objeto de envidia y rencor para las mismas testas coronadas, y que ha habido emperadores que no han vacilado en preferirlas á su real diadema.

Mucha es la desventura, mucho el pesar de los que viven en la oscuridad, porque carecen del bien supremo de la vista; allige y duele tener ofendido el aparato auditivo en términos, que nos sea difícil y penoso oír las palabras que nos dirigen; el comer sin gusto, alimenta poco, y quebranta nuestras fuerzas físicas y morales; el que carece del tacto, no puede nunca llegar á formarse una idea exacta y cabal de los cuerpos exteriores. La pérdida, pues, de uno de estos sentidos es muy lamentable; pero no tan funesta ni tan dura, como la del olfato, ó más bien de la nariz, que nos trasmite los olores; porque, sean estos buenos ó malos, encierran siempre muchísima parte de los demás sentidos, presentándonos á la mente la figura y todas las cualidades más esenciales de los cuerpos, cuyo olor llegamos á percibir. Si son viandas y deliciosos manjares, su olor casi nos anticipa la voluptuosa delicadeza de su gusto; si son flores, nos basta sentir su olor para que se nos presenten á la imaginación con todos los brillos y los encantos de sus variados matices; si son cuerpos sólidos y de mucha superficie, los que exhalan effluvios olorosos, como las mesas de odorífera madera, que adornan los lujosos aposentos de los magnates, su olor basta para que se presenten á nuestra imaginación con toda la realidad de sus dimensiones, etc., etc.

Si pasamos del sentido recto y natural al alegórico y figurado, la nariz adquiere una importancia muy filosófica y altamente social, porque se convierte en un verdadero símbolo de prudencia, discreción y aptitud en los actos más impor-

tales y delicados de la vida pública y privada. Con efecto, si queremos dar á entender que no es muy fácil engañar á fulano ó Zutano, decimos desde luego que tienen muy buen olfato; y decimos lo propio, hablando de algún ilustre varón, que ha descollado y sabido distinguirse con preferencia á todos los demás en el manejo de los negocios más áridos y espinosos.

Salve nariz; salve, adorno principalísimo de los rostros humanos. Sin tí no hay hermosura; sin tí un hombre se queda monstruoso; sin tí una mujer pierde todos los atractivos y los encantos propios de su sexo. En la India, en el Tibet, en la China, en el nuevo hemisferio hay ídolos horrendos, cuya sola vista da asco y causa repugnancia; pero no hay ninguno sin nariz, porque no es muy fácil de comprender que puedan existir dioses, faltos de este órgano tan importante. Deseando, pues, nosotros larga vida y próspera fortuna á todos los narigudos, y bendiciendo la memoria del César, que jugueteaba con su nariz, nos reservamos hablar en otro artículo del emperador constantinopolitano Anastasio, que tenía un ojo negro y otro azul.

SALVADOR COSTANZO.

EL ISTMO DE SUEZ.

En el número de las maravillas con que el siglo XIX ha dotado al mundo, hay dos principalmente que podrán reivindicar nuestra época y que serán su eterna gloria. Creemos que será ocioso citarlas por sus nombres, puesto que los ojos de los pueblos están fijados en ellas. Una acaba de terminarse gloriosamente en Inglaterra en medio de los más simpáticos aplausos de todo el mundo: nos referimos á la comunicación de los continentes por la inmersión del cable transatlántico; la otra se halla en una excelente vía de ejecución, y será muy pronto terminada á pesar de los celos mezquinos de Inglaterra, un momento estraviada por sus instintos egoístas: nos referimos al perforamiento del istmo de Suez.

La antigua tierra de los Faraones, tanto tiempo dormida entre sus arenas va á renacer á la vida activa; ella ha sido la cuna de la civilización, y será dentro de poco el lazo de unión que unirá á los dos hemisferios, á los cuales parecía haber condenado á una separación eterna la inmensidad del Océano.

Esta cuestión relativa á la unión de los dos mares, que hace algunos años llenaba de ansiedad á los corazones amigos de la humanidad y del progreso, no escita hoy más que una benévola impaciencia; el resultado está palpable, y todos saben que los únicos retrasos que tiene que experimentar, no son otros que los que exige la ejecución de trabajos que quedan todavía por hacer.

Este año, como los precedentes, todos los hombres que cooperan á esta grande obra, se han reunido bajo la presidencia de su glorioso iniciador Mr. Fernando de Lesseps, para oír la exposición de su situación moral y material. La reunión ha sido una de las más numerosas que se han conocido desde la fundación de la compañía, pues la relación tenía que abrazar un cuadro bastante extenso. El honorable presidente tenía que dar cuenta á sus numerosos oyentes de los arreglos concluidos bajo la égida del gobierno del emperador de los franceses, y de la ejecución de la sentencia imperial con la compañía, por una parte, y por la otra con el gobierno egipcio y la Sublime Puerta.

Todo el mundo siempre se ha interesado en esta grande obra, y creemos que nuestros lecto-

res verán con gusto la esposicion del estado actual de la empresa segun las palabras pronunciadas el día 1.º de agosto por el hombre eminente que la ha concebido y á cuyo trabajo ha consagrado su vida.

«Ya no existe nada que sea desconocido acerca de los medios de ejecucion de nuestros trabajos, ha dicho Mr. Lesseps; el éxito de su transformacion, no es ya una esperanza, sino un hecho incontestablemente adquirido.

«No tenemos ya cuestion alguna dudosa en nuestra situacion general.

«El firman de S. M. I. el Sultan, que os aseguraba la sentencia arbitraria del emperador Napoleón, ha sido promulgado.

«No tenemos ninguna incertidumbre respecto á la entrada de nuestros recursos financieros.

«Os traemos una convencion que os hace disfrutar en tres años, es decir, durante el tiempo en que nuestros trabajos deben ser pagados, la indemnizaci6n de 81.000.000 repartidos en catorce años.

«En fin, si estábamos convencidos el año último, de que los recursos del arte del ingeniero permitirían vencer, en la transformacion de nuestros trabajos, dificultades que nuestros adversarios consideraban como insuperables, el público, en general, no participaba de esta conviccion, ó por lo menos las opiniones que nos eran mas favorables, sin rechazar el éxito en un tiempo determinado, no se atrevían á responder de un triunfo pronto ó inmediato.

«¿Se encontraría todo sin interrupcion en los aparatos mecánicos de uso general, los ingenios suficientes y necesarios? ¿Se encontraría sin obstáculo los diferentes medios de aplicarlos á los terrenos diversamente constituidos que debe atravesar el canal? ¿Serían necesarios ensayos multiplicados, dispendiosos, que exigen una larga preparacion?

«Habiendo sido encontrado el material conveniente construido, ¿se podría reclutar el personal destinado para hacerle funcionar y sostener?

«Una poblacion de trabajadores europeos ¿se avendría fácilmente al clima del istmo? ¿Se acostumbraría á la vida del desierto, á pesar de los recursos acumulados por nuestros esfuerzos y nuestros gastos de muchos años?

«Hace un año, que los hechos han respondido á estas preguntas, y han respondido afirmativamente.

«Mas de tres cuartas partes del material destinado á terminar el trabajo se encuentra en su lugar y funciona; experimentado ya por muchos meses de servicio diario, da un resultado superior al que habíamos esperado; todos los ensayos han terminado; lo imprevisto ha desaparecido.

«Nuestros trabajadores no han experimentado ninguna dificultad al reclutar el personal de los mecánicos necesarios para la construccion de tan inmenso material.

«Los trabajadores llegan en gran número de Siria, de Arabia y de todos los puntos del litoral del Mediterráneo. La poblacion del istmo que el año último era de 10.000 individuos, se ha elevado este año á 18.000.

«Nuestro personal tomado de todas las nacionalidades, se ha fundido de una manera notable.

«La firmeza en el trabajo, la constancia de nuestros obreros se han comunicado á los orientales que los rodean.

«Por esta razon los visitantes del istmo se sorprenden al ver la animacion de nuestros talleres; se encuentran sobre todo en Port-Said, en medio del movimiento de uno de los mas grandes centros metalúrgicos de Francia y de Inglaterra.

«Dentro de un año se habrá extendido el trabajo por todas partes con tal actividad, y tendremos tal experiencia de nuestras nuevas máquinas,

que podremos entonces, sin temor de equivocarnos, fijar el día de la apertura del canal para la gran navegacion, y el costo definitivo de la empresa.

«Mientras tanto, estamos organizando una navegacion provisional de tránsito desde el Mediterráneo al mar Rojo y vice-versa.»

Esta esposicion rápida y clara ha sido inmediatamente seguida de la lectura de las relaciones sobre las diversas partes de la empresa, que han obtenido la aprobacion general.

La asamblea no ha querido separarse sin expresar por un voto de aclamacion, su reconocimiento hácia la justicia y la solicitud del emperador de los franceses en las circunstancias difíciles que la alta proteccion del soberano le ha hecho atravesar. A este voto ha unido con respeto afectuoso, el nombre de la emperatriz, cuya benevolencia é interés se han manifestado en todas las ocasiones, por una obra á un mismo tiempo francesa y universal.

El presidente fundador ha sido encargado de llevar á SS. MM. este tributo de homenaje de la asamblea.

A. HERMANTO.

PARAGUAY.-HUMAITA.

Esta fortaleza es como un centinela avanzado que guarda el territorio del Paraguay. El dibujo que reproducimos presenta la corriente del río Paraguay, enfrente de la fortaleza, así como los sondeos verificados en esta parte del río, por Mr. Mouchez, capitán de la marina francesa, y el desarrollo en línea recta de las baterías que erizan la ribera.

Encontramos en una nota del libro que monseñor Quentin ha escrito acerca del Paraguay, la siguiente descripción de las fortalezas de Humaitá.

«A corta distancia de su embocadura (cerca de seis leguas) y á los 70.º 4' de latitud; el río Paraguay describe un brusco recodo que ha recibido el nombre de *vuelta de Humaitá*; en este punto, el lecho del río no tiene arriba de 200 metros. La profundidad mas considerable de sus aguas permite á los buques de gran tonelaje, costear la margen izquierda cortada á pico y puesta, por su elevacion al abrigo de las mas fuertes baradas. Sobre esta ribera (*baranca*) y en toda la estension de la *vuelta* (unos 1.500 metros), se ha construido una serie de baterías, las unas casamatas, las otras á la barbata, ligadas entre sí por medio de una empalizada destinada á recibir piezas volantes. Estas defensas obtienen cada día mayor estension y nuevos armamentos. Se puede elevar á ciento veinte el número de las piezas de cañon que guarnecen estas baterías; algunas que son de 80, proceden de Inglaterra. En la segunda línea, y en el recinto marcado por las fortificaciones, se han levantado numerosos edificios destinados á alojar los diferentes servicios de un ejército, el cuartel general, los almacenes, el hospital, etc.»

Ahora damos, segun el *Moniteur*, la relacion de los últimos acontecimientos.

«Desde la sangrienta batalla que se dió el 24 de mayo en Juyuchi, y que ha causado á los beligerantes pérdidas tan considerables, ambos ejércitos han vuelto á tomar sus respectivas posiciones: los aliados amenazando al Paraguay y apoyados por la escuadra brasilena, y los paraguayos protegidos por el terreno y por la vecindad de las fortalezas de Humaitá. Aun cuando es muy difícil llegar á conocer exactamente las disminuciones causadas en el efectivo por el fuego del enemigo

y por las enfermedades, y que es necesario acoger con la mas grande reserva aun las relaciones oficiales, sin embargo, se debe deducir, del exámen contradictorio de los documentos, que en el último choque, los aliados han tenido cerca de 5.000 hombres fuera de combate, y los paraguayos 7.000. La batalla de Juyuchi ha sido una de las mas terribles que jamás se han dado en América, aunque no haya tenido ningun resultado importante. Los soldados del presidente López continúan fortificándose, y se presume que por tercera vez volverán á tomar la ofensiva. El ejército de los aliados recibe nuevos refuerzos del Brasil y aumenta sus medios de ataque; pero si tiene la ventaja del número, tiene el inconveniente de obrar á una distancia considerable de su base de operaciones y sobre un terreno insalubre desprovisto de todo recurso para los hombres y para los caballos.

Las noticias que hemos recibido del teatro de la guerra, fechadas en Corrientes en 6 de junio, nos dicen, que esta ciudad encierra muchos miles de heridos, de enfermos atacados por la fiebre amarilla. Los dos presidentes del estado Oriental y de la Confederacion Argentina, se encuentran, todavía, al lado del general y almirante brasileno, frente al enemigo. A los mismos acaba de agregarse el general Polidoro, enviado de Rio-Janeiro, y el comisario imperial Octaviano de Almeida.

En vista de los obstáculos acumulados en el río Paragúay, mas acá de las obras de Humaitá, en el paso de Curupaití, y con el objeto de operar una fuerte estrategia, el almirante Tamandaré y el general Osorio, han espedido una parte de sus buques al Paraná, á fin de trasportar sobre la margen derecha del río, cerca del pueblo paraguayo de Hitapua, la division brasilena del general baron de Porto, valuada en 8 ó 10.000 hombres, cuya vanguardia se ha establecido en Candelaria, sobre el territorio de Misiones, pero ha tenido que paralizar su marcha, por un cuerpo de ejército paraguayo que ha salido de la Asuncion.

Las tropas enemigas se hallan ahora tan cercanas las unas á las otras, que de un momento á otro se espera un nuevo choque. Cualquiera que sea su resultado, no puede menos de decirse, que esta sangrienta lucha, arruina á las poblaciones, que no aspiran á otra cosa que á la paz, y que saben muy bien, en todo lo que circuyen las márgenes del Plata, que las ventajas estipuladas en el tratado concluido el 1.º de mayo de 1865 (la triple alianza para avasallar al Paraguay) no compensarán jamás la sangre derramada y las pérdidas incalculables causadas á la industria, al comercio y á la navegacion.

M. V.

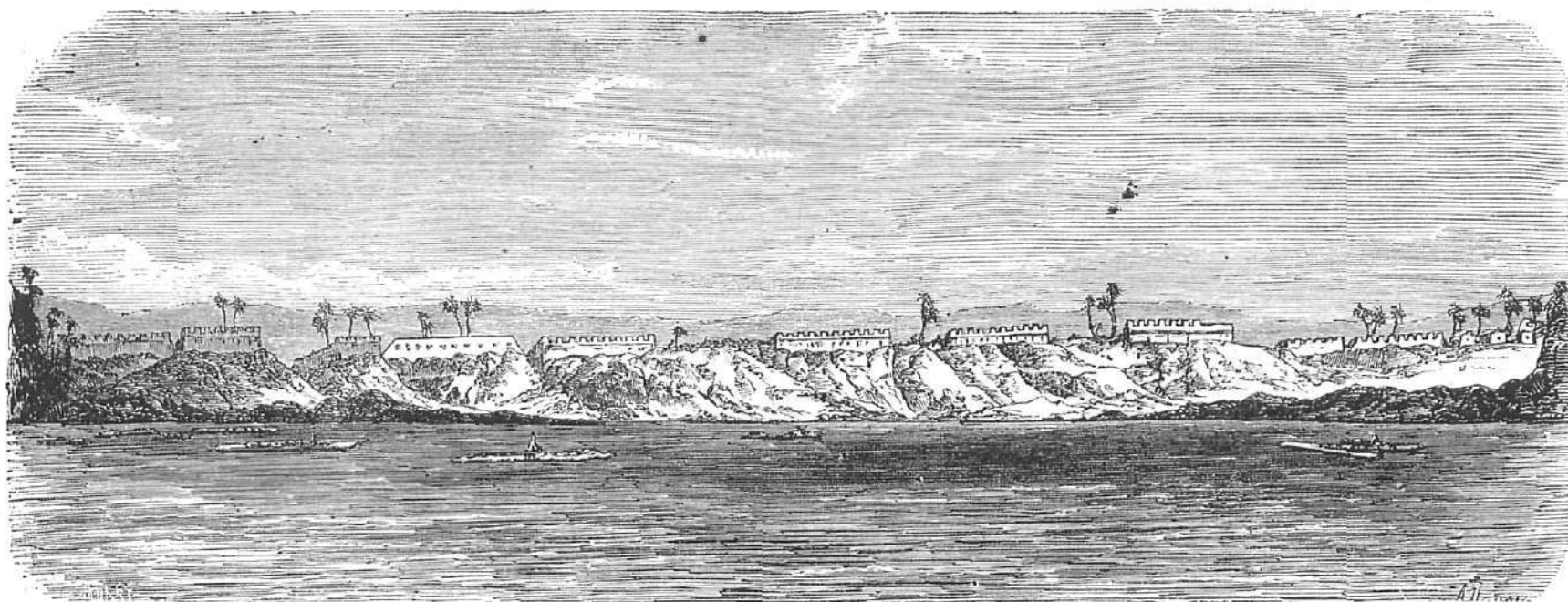
LA OBEDIENCIA. Cuando no se ha aprendido á obedecer en la infancia, se aprende á obedecer en la edad madura. ¡Triste obediencia! la obediencia á los acontecimientos, á la fuerza, al éxito, á la opinion! Los hijos sumisos son los mas firmes ciudadanos. No hay cosa mejor que haberse doblegado oportunamente para no tener que humillarse á cada instante. Nadie se envilece obedeciendo á su padre, sacrificando una preferencia al deber; las almas así ejercitadas, son las que mejor comprenden la dignidad humana. El deber que nos enseña á doblar la cabeza, nos enseña á levantarla.

EDITOR RESPONSABLE; DON DIONISIO CHAULIÉ.

IMPRENTA DEL BANCO INDUSTRIAL

A CARGO DE D. J. BERNAT.

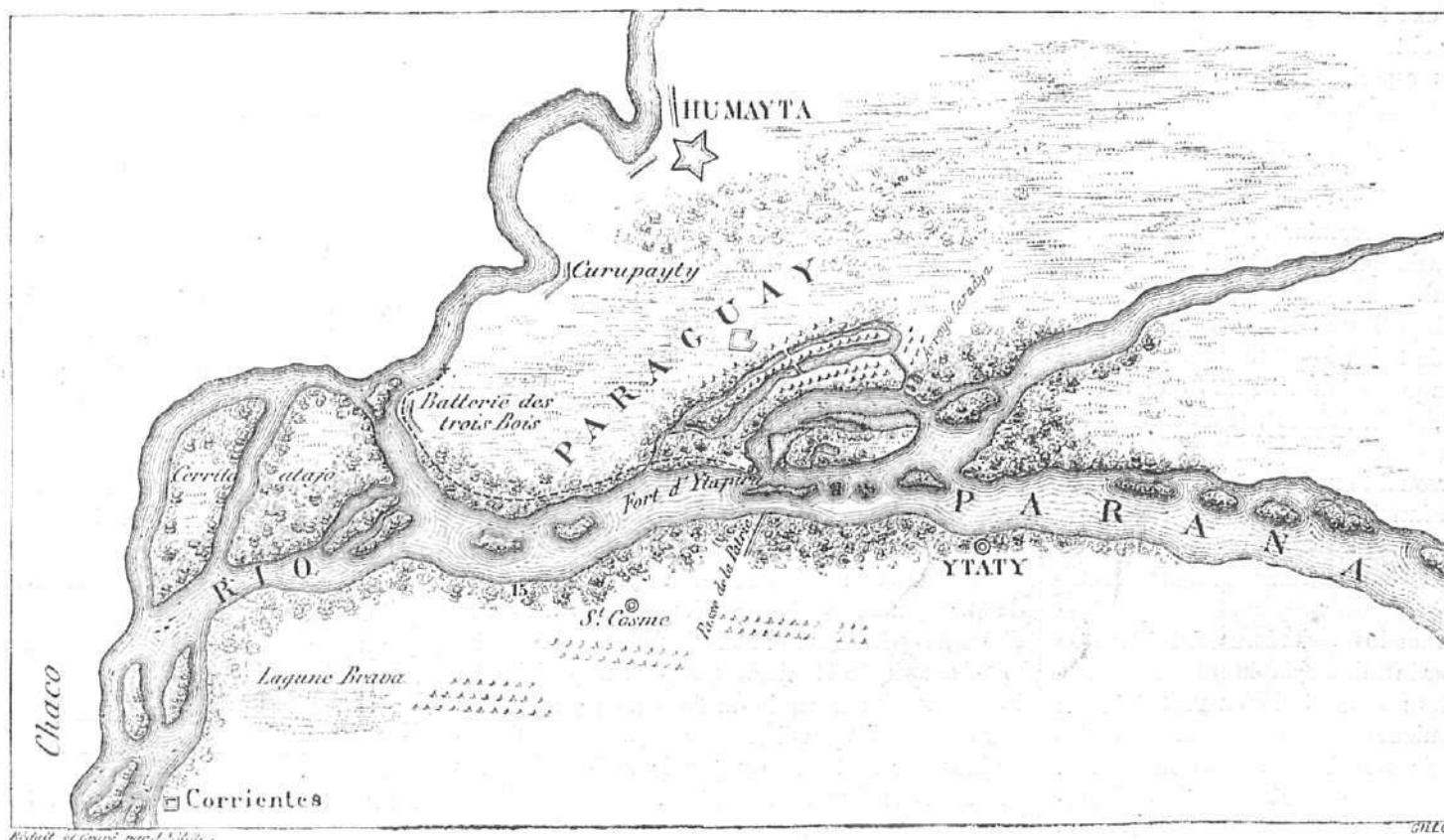
a de Santa Teresa, num. 3.—Madrid.—1866.



Num 12



Num 13



Num 14